

sor, Pío XII, de venerada memoria, no sin inspiración de lo Alto, consagrado solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Juzgamos oportuno recordar hoy de modo particular aquel acto de consagración. Con este fin hemos determinado enviar próximamente, por medio de una Misión especial, la Rosa de Oro al Santuario de la Virgen de Fátima... Con ello, también Nos queremos confiar a la protección de la celeste Madre la vida entera de la familia humana... Oh Virgen María, Madre de la Iglesia, a Ti encomendamos toda la Iglesia... A tu Corazón Inmaculado encomendamos finalmente todo el género humano...

¿No es esto hacer suya, y renovar ante todos los Obispos del mundo, reunidos en sesión conciliar, la consagración de la Iglesia y del linaje humano al Inmaculado Corazón?

Y da la razón de su pastoral proceder, enaltecendo al mismo tiempo a María con la diadema de un nuevo título festivo con estas palabras: *Así como la divina maternidad es el fundamento de la especial relación de María con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por El, así también constituye el fundamento principal de las relaciones de Ella con la Iglesia, por ser Madre de Aquél que, desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal, se constituyó en Cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, como Madre de Cristo, es pues Madre también de la Iglesia, de todos los fieles y Pastores.*

Para gloria, pues, de la Virgen y para aliento nuestro, Nos proclamamos a María MADRE DE LA IGLESIA, es decir, de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles, como de los Pastores, que llaman Madre amorosísima, y queremos que con tal título suavísimo sea de ahora en adelante honrada e invocada por el pueblo cristiano.

Hasta quiso terminar tan histórica jornada concelebrando una Misa en unión con los Obispos de todo el mundo, en cuyas Diócesis hubiera algún Santuario mariano de los de mayor nombradía, como si en todos ellos quisiera invocar especialmente a la celestial Madre de la Iglesia con la nueva diadema que acababa de colocar en sus sienes.

Y el cielo va correspondiendo a la actuación de su representante en la tierra conduciendo al mundo por el camino de la paz, a pesar de las continuas amenazas de guerra y de las intrigas de todo género con que el infierno lo va obstaculizando. Buenos jalones en tan importante ruta son el estudio y las conferencias habidas en la

O.N.U. sobre el problema de la paz mundial a base de la encíclica “Pacem in terris” de Juan XXIII, y sobre todo la invitación hecha a Pablo VI por la misma Sede de Naciones Unidas para pronunciar ante ellas su Mensaje de paz al mundo, y más aún la resonancia internacional y el ambiente de paz en Cristo, que las palabras del Papa han despertado en todas partes, aquende y allende el telón de acero. “El discurso del Papa Pablo VI en la sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en expresión de la agencia Tass, será indudablemente una contribución positiva para la causa del fortalecimiento de una paz universal”.

Con cuánta razón él mismo en su regreso al Concilio ecuménico, pudo decir que “en la primera reunión que un sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, acababa de tener con los representantes autorizados de casi todos los pueblos de la tierra, allí reunidos, había tenido la suerte de que todos ellos escucharan atentamente las palabras del cabeza de la cristiandad”.

Recordemos también aquí que por entonces el Sol de Fátima amaneció en otros muy distintos horizontes, al estilo de lo que acaecía en la nava de Iría cuando la presencia de la Reina del mundo abrasaba en amor de Dios los corazones, al par que realzaba el paisaje externo en policromada belleza. Por primera vez desde Yalta, Rusia se había alineado en plan de mutua cooperación con los Estados Unidos de América para sofocar el incendio bélico indopakistaní, surgido poco antes y atizado principalmente por la China comunista, con evidente e inminente peligro de conflagración universal, y el éxito coronó en gran escala, sino totalmente, tan inesperada y providencial unión de los dos colosos.

XXIX

DIVERSAS IRRADIACIONES DE LA LUZ DEL SOL DE FATIMA

Los rayos del sol material no siempre, ni en todas partes, llegan a la tierra con la misma intensidad de luz y de calor.

¿Podrá decirse lo mismo de los del Sol de Fátima?

¿Por qué no? ¿No parece que ante todo han de iluminar y vivificar a los que de un modo u otro puedan verse retratados con

mayor claridad en el mismo Sol cordimariano?

Por él quiso la Santísima Virgen traernos a la memoria el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en sus entrañas virginales; de aquí el cuadro de la Sagrada Familia. En el mismo deberán ver la familias cristianas una invitación especial y nominal a participar ellas antes que otros de las benéficas influencias de tan bello Sol. Conságrese al Inmaculado Corazón de María, y verán cómo descienden sobre ellas las bendiciones de Jesús y de su Madre, es de confiar que hasta para las cosas de orden temporal y terreno, las del humilde y laborioso Jefe de la Familia de Nazaret, el glorioso Patriarca San José, que sabía muy bien por propia experiencia qué es tener que ganar diariamente el pan para el sostenimiento familiar, en concomitancia con Jesús y María.

A lo que parece, en los planes divinos de salvación del mundo actual, como pueden vislumbrarse en Fátima, la paz universal ha de depender también en gran escala de la conversión a Dios del mundo obrero. En la Aparición de agosto dice la divina Madre a sus pastorcitos que en octubre vendrán con Ella San José y el Niño Jesús para dar la paz al mundo; en la de septiembre que dentro de un mes vendrán con Ella San José y el divino Niño para bendecir al mundo. La de octubre trae efectivamente las bendiciones del cielo dadas por la mano de Jesús y por la de su Padre adoptivo.

¿Por qué en unas Revelaciones tan marcadamente marianas como las de Fátima se requiere la presencia y la bendición especial de San José, el Santo Obrero y humilde Cabeza de la Sagrada Familia, y nada menos que para dar la paz al mundo? ¿Por qué también la bendición especial del mismo Jesucristo, nuestro adorable Redentor, el divino Obrero de Nazaret? Por su llamada paternal al mundo obrero...

La bendición de Cristo y la de su Padre adoptivo no han descendido en vano sobre la tierra, iluminada entonces por el Sol de Fátima. Luego han de ser feliz augurio del porvenir. En Nazaret tienen tanto las familias cristianas como el mundo obrero, su principal timbre de gloria y sus mejores modelos, al par que sus más seguras garantías de éxito en sus ideales de Redención temporal y eterna. Mientras la familia cristiana y el obrerismo sano se esfuerzan en atraer sobre el mundo la bendición de Jesús y de su Padre adoptivo y los dulces y atractivos rayos del Sol de Fátima, o las ternezas del Corazón de María, no peligra que desciendan sobre él los artefactos de energía nuclear que para su destrucción han depa-

rado el infierno y sus satélites. Hoy por hoy el obrerismo ha bautizado su fiesta del trabajo de uno de mayo, dedicándola a San José Obrero. Nueva bendición del Santo para la paz del mundo en el día antes más aciago del calendario.

Fátima es una buena llamada al Obrero sano para organizarse debida y universalmente según los dictados de la Moral Social del Evangelio, con miras a un porvenir más halagüeño en un futuro mundo mejor en lo temporal y en lo espiritual, bajo la bendición de Dios y de su Madre y del glorioso Jefe de la Sagrada Familia.

A todos halaga la esperanza de un mundo mejor, todos actualmente le anhelan el don de la paz. Pero desgraciadamente muchos cifran sus ideales de paz y prosperidad fuera de Dios y hasta en contra de él.

No hay mejor paz que la de Cristo, que ha venido al mundo por el Corazón sin mancha de su Madre. Los pueblos se van desengañando ya de la que inútilmente le han prometido muchos falsos redentores. Buen augurio de que la paz de Cristo y su celestial Madre iluminará efectivamente en su día lo que actualmente es sólo en parte esperanzado y universal porvenir.

Hay todavía aquí otra circunstancia muy digna de atención. El mundo, en octubre de 1917, estaba sumido en muy graves males, en el mayor conflicto bélico, hasta entonces conocido, declarado anteriormente castigo de Dios por la Reina del cielo en aquel mismo lugar de sus Apariciones de los días 13. ¿Podrá seguir afligiéndole tan grave castigo, después de tan extraordinarias muestras de amor y benevolencia del cielo en aquel venturoso día iluminado por el Sol del Corazón Inmaculado, y a pesar de las muestras de dolor y arrepentimiento de sus pecados dadas por la inmensa mayoría de las personas allí congregadas, y de la bendición de Jesús y San José?

De ningún modo. *La guerra va a terminar*, dice la celestial Madre a sus videntes y por ellos a todo el mundo. *Los soldados, prosigue, volverán pronto a sus casas.*

¿No era esto decir que el Sol prodigioso de aquel día era aurora y realidad de la paz que entonces se ofrecía al mundo, aunque Dios, deferente siempre con la libertad humana, dejara en manos de los dirigentes de las naciones, voluntariamente enzarzados en aquel conflicto, que pusieran en juego su responsabilidad y sus medios humanos conducentes a la total extinción del voraz incendio de vidas humanas? Las palabras de la Virgen no pueden

ser más claras, ni más precisas. *La guerra, va a terminar.* Los soldados volverán pronto (no dice hoy mismo) *a sus hogares.* ¿No nos tenía dicho desde agosto que en el mes de octubre vendrían también con Ella San José y el divino Niño para bendecir al mundo y darle la paz?

Seis días después de la última Aparición de la Virgen en la nava de Iría, a 19 de octubre, el Canónigo Dr. Formigao preguntó a Lucía: ¿Qué dijo la Virgen sobre la guerra? ¿Cuáles fueron las palabras que empleó?

—Dijo así: *la guerra va a terminar; y los soldados volverán pronto a sus hogares.*

—Pero ya ves, la guerra no ha terminado. Nuestros periódicos nos dan la noticia de que después del día 13 ha habido combates. ¿Cómo se explica esto si la Señora dijo que terminaba en ese día?

—No lo sé; sólo sé que le oí decir que la guerra terminaba el día 13; no sé nada más.

Naturalmente, el prudente clérigo se llevó la impresión de que estas palabras de Lucía y las de Jacinta, del todo acordes con las de su prima, sólo podían ser fruto de una pueril alucinación. De hecho, la guerra seguía sembrando de cadáveres los campos de Europa.

Con todo, por nuestra parte nos permitimos creer que este modo de discurrir, por muy acorde que parezca presentarse con la realidad, puede desentonar totalmente de ella. Si un ciego de nacimiento obtuviera instantáneamente la vista en día nublado sería capaz de negar la existencia del sol, por más que entonces mismo iluminara sus ojos. Algo semejante pudo pasar al mundo de 1917 ofuscado en odios bélicos.

Toda la guerra termina oficial y realmente en el día en que se firma la paz entre los beligerantes, aunque después de esta firma prosigan quizás acá y acullá algunas escaramuzas bélicas y hasta tal vez batallas de ejércitos o batallones en descomposición. Pues bien, según el lenguaje de Fátima, o por decirlo con más precisión, según las palabras de la misma Reina del cielo, el principal actor en aquel mundial y sangriento drama no era ninguna de las naciones en guerra, ni sus gobernantes, era el mismo Dios, que de tan grave modo había de castigar a las naciones culpables por sus enormes extravíos.

Luego cuando la Virgen nos dice con los brazos abiertos y ofreciéndonos su Corazón como fuente de luz, de amor y de paz,

que la guerra ha terminado, es porque Dios no quiere castigar más al mundo con aquel azote, o porque Ella misma, conforme a su anterior promesa, nos ha alcanzado el don de la paz en la forma y en el modo que Ella misma expresa, que no puede ser más dulce y placentero, aunque parezca contradecirle los hechos, vistos superficialmente: *La guerra termina hoy: firma de la paz del cielo a la tierra a 13 de octubre de 1917; los soldados volverán pronto a sus hogares*, (paz externa y apreciable en lo humano).

En gracia de la claridad y precisión pongamos aquí todas las palabras de la Reina del cielo relativas al fin de aquella guerra histórica y su correlación con los hechos. Hallamos en sus virginales labios a este respecto expresiones en forma condicional y en forma absoluta. Como Ella no puede mentir ni engañarnos hay que coordinar unas con otras, si se quiere descubrir toda la verdad, que en su modo de expresión verbal puede estar velada, no tergiversada, ni falseada, para que pueda entenderse en tiempo oportuno, no siempre y precisamente en el mismo día de su prolación oral, o para que puedan captarla los que creen en Dios y no los que se empeñan en prescindir de él o en seguir ofendiéndole.

Pongamos, pues, aparte cada una de esas expresiones verbales, sin perder tilde del modo absoluto de unas ni del condicional de otras.

1º *Palabras absolutas.* Rezad el Rosario con la intención de obtener la terminación de la guerra. Sólo la intercesión de la Sma. Virgen puede obtener esta gracia... En octubre vendrá San José con el Niño Jesús para dar la paz al mundo... Por fin el mismo día 13 de octubre se expresa, al decir de Lucía y de Jacinta, en la misma forma absoluta y terminante: "Va a terminar la guerra. Los soldados volverán pronto a sus hogares".

2º *Palabras condicionales.* Pero siguen ofendiendo a Dios, en el reinado de Pío XI empezará otra peor...

Las palabras absolutas de nuestra celestial Madre reflejan a las claras primero que aquel conflicto bélico era castigo de Dios, pero también que el Señor por efecto de la intercesión de su Madre, no porque hubiese cesado la culpabilidad humana, no quería seguir castigando al mundo con tan universal y terrible tragedia. De aquí que muy providencialmente existieran entonces en entrambos bandos contendientes anhelos populares y universales de paz, y de paz para todos digna y aceptable, o sin anexiones ni reparaciones, como se proclamaba a la faz del mundo en los célebres 14 puntos

de Wilson.

Pero si siguen ofendiendo a Dios... había dicho también la celestial Reina del mundo y de su historia... en expresión condicionada ¿Seguían por entonces ofendiéndole los pueblos o sus gobernantes?

No consta, a lo que parece, que en ninguna parte se le siguiera ofendiendo más que antes por parte del pueblo. Pero cabe preguntar: los grandes gobernantes aliados que entonces tenían en sus manos la clave del porvenir, por llevar, a lo que parecía, trazas de ganar, ¿tenían derecho a ensañarse en el enemigo, o en su víctima, contra la voluntad popular de uno y otro lado, prolongando cuanto pudieron el cese de hostilidades y la firma de la paz, para que por sí misma se fuera desangrando y aniquilando hasta verse forzada a firmar una paz de muerte y estrangulamiento definitivo, sin más condiciones que las unilateralmente impuestas por los vencedores? ¿Qué reacción podía producir esta conducta en los vencidos sino la de nuevos rescoldos de odio y venganza y de anhelos de unión entre los mismos en la primera oportunidad que pudiera ofrecérseles con alguna garantía de éxito, para defender siquiera su derecho a una vida nacional pasable.

Por esto nos permitimos creer que tanto el orden natural como el sobrenatural, tanto las palabras proféticas de la Stma. Virgen, como la dilación voluntaria por parte de los dirigentes de las naciones aliadas del advenimiento de la paz y las condiciones precarias y de exterminio, con que se le dio entrada en el tratado de Versalles, dibujan en el horizonte del porvenir, ya desde 1917 y 1918, destellos de un nuevo conflicto armado, cuyo primer paso semiautomático fue el *Anschluss* estrecha unión autro-alemana, que en cumplimiento literal de lo anunciado en Fátima, tuvo lugar durante el Pontificado de Pío XI. Esta es indudablemente la *explicación*, aunque de ningún modo la *justificación*, de los primeros chispazos de tan voraz incendio.

Las Cámaras de los Estados Unidos de América, haciéndose cargo de las negras sombras que el proceder de los vencedores pudiera proyectar en su historia nacional, se negaron a secundar los deseos de su Presidente, Wilson, cuando les pidió su asentimiento para firmar tan histórico tratado. Aunque tan representativa y popular negativa no pudo impedir la firma de los demás aliados, fue el espectro que hallaron todos en su camino y que, a lo que parece, les forzó a no dilatar por más tiempo la firma de la paz,

por no exponerse a negativas populares, que pudieran frustrarles otros planes. Así, providencialmente, las peligrosas gestiones del tratado de aquella paz precaria, pero paz al fin, no pudieron prolongarse más allá de la fiesta en aquel año del Corazón Inmaculado, que muy de otra manera y a favor de todo el mundo nos había alcanzado del Señor y nos había mostrado en Fátima y que a la corta o a la larga ha de triunfar en el mundo, por mucho que se empeñe, tan necia como criminalmente, en su propia perdición.

Pero la gestación de aquella posible paz mariana, que la diplomacia internacional no supo apreciar ni aprovechar a favor de nadie, se refleja desde mucho antes en el marco de la historia. En 1917, después de tres años de guerra, estaban cansados y desengañados de ella todos los pueblos y buscaban ansiosos la paz por donde fuera, hasta por procedimientos que naturalmente habían de resultar contraproducentes. ¡Lástima que no acertaran a buscarla por donde Dios y su celestial Madre se la estaba ofreciendo!

Precisemos más al detalle a este respecto los peligrosos conatos de paz por separado, que acabamos de despertar en el recuerdo y que muchas naciones tramitaban bajo mano contra sus mismos respectivos aliados en uno y otro bando, a pesar de los pactos y tratados con que previa y libremente se habían cerrado este camino, y en prueba fehaciente de que, por encima de todo y a pesar de todo, nada ansiaban tanto como el don de la paz.

Sondeos diplomáticos de esta índole circulan sigilosamente de Rumanía a Rusia, de Austria a Francia, de Rusia a Alemania, de Italia a Austria, etc., etc. De aquí por ejemplo, las conversaciones habidas en Suiza entre delegados franceses y austríacos a espaldas de Alemania, Italia e Inglaterra y demás aliados respectivos. De aquí también el libro escrito por Sixto de Borbón con el expresivo título de “L’offre de paix séparée de l’Autriche”, “El ofrecimiento de paz separada de Austria”, que tanto en Austria como en Francia llegó a venderse públicamente en las librerías con el secreto a voces que se deja suponer. Pero a 12 de octubre de aquel mismo año, Ribot, Presidente de Ministros de Francia, los propaló todos a los cuatro vientos en público discurso, con ánimo de frustrarlos todos en público fracaso, para evitar que tan taimadas y problemáticas esperanzas de paz, pudieran traer nuevos incendios de guerra en todos los frentes contra sus respectivos aliados de hasta entonces.

Desde el momento en que tales tratados, inicialmente secretos,

se hicieron del todo públicos, incurrieron naturalmente en el descrédito y en la desconfianza popular; y los anhelos de paz se orientaron hacia la diplomacia yanqui, por razón de ser Norteamérica beligerante de última hora y de incalculables recursos, que abogaba desde las alturas del poder y desde las columnas de su prensa diaria por la paz mundial a base de libertad y de igualdad de todas las naciones.

Tan feliz orientación mundial por los mejores caminos de paz, que en lo humano entonces poseía el mundo, se inicia y se refleja marcadamente en la prensa del día 13 de octubre por medio de la publicación del discurso de Ribot del día anterior y por el aborto de los imprudentes conatos de paz por separado que en todas partes provocó, impidiendo realmente con tal medida la explosión de nuevos e incalculables males en los pueblos beligerantes.

Luego a 13 de octubre de 1917, el Sol del Corazón Inmaculado que amaneció en Fátima, reflejó realmente sobre el mundo el arco iris de la verdadera paz, tanto en su tramo sobrenatural como en el natural. En el primero, lo manifiestan bien a las claras la bendición de Jesús y la del glorioso Patriarca San José, que según nos asegura la misma Reina del cielo, significan y dan la paz al mundo, el bello y variado simbolismo del mismo Sol cordimariano y las palabras bien explícitas de la que allí se nos ofrece entonces como Nuestra Señora y Madre en su advocación del Rosario: “Va a terminar la guerra”. En el segundo, la providencial orientación mundial hacia los por entonces prudentes dictados de la diplomacia yanqui y de la francesa, que desviaron al mundo del camino de grandes males, que realmente lograron evitar, al mismo tiempo que le ponían ante perspectivas de verdadera y muy digna paz, que por desgracia el nuevo rumbo diplomático y bélico a la vez no supo debidamente apreciar, antes convirtió en augurios de nuevas y peores calamidades bélicas, que en tiempo no lejano volverían a caer sobre él.

Resumiendo, pues, en sintética mirada panorámica aquel histórico encuentro entre el mundo de entonces y su porvenir profético, entre el cielo y la tierra, entre la guerra y la paz, tendremos que la primera guerra mundial fue ciertamente un castigo de Dios, pues así explícitamente lo dijo la celestial Madre a sus pastorcitos —por eso les pedía oraciones y sacrificios para aplacarle—, que a 13 de octubre de 1917 Ella asegura al mundo haber alcanzado de Dios el fin de la guerra, el don de paz; que por efecto de esta gracia los

soldados volvieron pronto a sus hogares; que en el mismo día 13 de aquel año se orientó *providencialmente* la opinión pública y mundial de modo que las condiciones de paz en breve tiempo, con seguridad y de modo humanitario pudieran llegar a todos los beligerantes; que esta nueva orientación *providencial* de la opinión se debió en lo humano a que un día antes, o a 12 de octubre, fracasaron definitiva y *providencialmente* no pocos conatos internacionales secretos, por los que varias naciones buscaban la paz a espaldas de sus mismos aliados con muy graves peligros de nuevos incendios de odio, no sólo contra el enemigo común, sino también contra sus mismos respectivos amigos o aliados de hasta entonces; que por fin alboreó el día de la paz en la fiesta del Inmaculado Corazón, no a 13 de octubre; que en este día 13, empero, pudo decir la Santísima Virgen que entonces mismo terminaba la guerra porque en el mismo entraron definitivamente en escena las verdaderas causas del cese de hostilidades, que fueron en el cielo el perdón de Dios, y en la tierra la orientación de la opinión internacional hacia la diplomacia yanqui y la decisiva actuación de Estados Unidos —14 puntos de Wilson—; que si las condiciones de paz no fueron más tarde tan humanitarias como era de esperar y como providencialmente se destacaron a 13 de octubre, fue porque la malicia humana las desvió de los rieles de la verdadera Moral y de los cauces de humanidad y sensatez que se habían podido prever en las revelaciones del cielo; que con tan indigna correspondencia al beneficio de la paz, y de una paz que para todos pudo ser digna, aunque en muy diferentes y variados quilates, las mismas naciones victoriosas empezaron a labrar de nuevo su propia ruina y la de todo el mundo de cara hacia la segunda guerra mundial, que en su día estallaría en peores condiciones y estragos que la primera; que como la Santísima Virgen confió secretos a los pastorcitos, que con el tiempo podrían revelarse, también confió otros a su misma maternal actuación y a sus mismas palabras, que irían oportunamente descifrando los diferentes acontecimientos humanos al reflejarse en las páginas de la historia; que una de esas frases algo enigmáticas de sus virginales labios, hoy descifrable, es la que Lucía y Jacinta aseguraron haber oído a la celestial Reina y Madre en el día glorioso e inolvidable de su milagro del Sol: “*La guerra va a terminar; los soldados volverán pronto a sus hogares*”. Con todo, si siguen ofendiendo a Dios... es decir, si se empeñan en continuar la guerra innecesaria y criminalmente contra la voluntad popular de ambos

bandos, continuará de momento esta guerra y dejará en su ambiente gérmenes de otra peor, que en su día saldrá a flor de tierra, en el pontificado de Pío XI.

A nosotros nos parece digno de atención hasta el marco externo, con que, a estilo de accesorio indumentaria, se ofrece la paz al mundo en esta última Aparición de la nava de Iría. La Virgen se presenta en su efigie de los Dolores con el Coragón sobre el pecho, pero sin espada ni espinas, como quien tiene olvidados nuestros pecados, preocupada tan sólo de expresarnos su amor. En el cuadro de la Sagrada Familia tampoco es posible encontrar ninguna de las molestias y múltiples penalidades que nuestra malicia diseminó en sus estancias de Belén, de Egipto y de Nazaret. Hasta el Salvador parece olvidado de sus clavos y de su Cruz, que por ningún lado pueden verse, pero no de bendecir al mundo con su mano, como así lo hace, al igual que su padre adoptivo, mientras con su Corazón Inmaculado, Sol de Gracia, evolucionando de derecha a izquierda y viceversa, parece también hacerlo la que El y nosotros tenemos por Madre. Y ¿por qué en su imagen del Carmen se presenta aquí vestida de blanco y con manto azul, y no con el secularmente tradicional hábito morado carmelitano, símbolo de penitencia? ¿Será porque en tan felices momentos ni indirectamente quiere evocar en la mente el recuerdo de nuestros extravíos? ¿O quizás también para hacernos ver la íntima relación y hasta identidad de expresión que pueden apreciarse entre sus imágenes del Carmen y del Corazón Inmaculado?

Busquémosla siempre y busquemos su paz por caminos de inocencia y de esperanza en Ella, que hasta el color blanco y azul de su indumentaria trae a la mente, y entenderemos bien tan maternales formas de expresión, y disfrutaremos las dulzuras de su paz.

Si así lo hubiese hecho la humanidad, siquiera después del escarmiento de las grandes guerras, no habría tenido que sorber posteriormente, en nuestros mismos días, las amargas de la llamada guerra fría, ni menos sus frecuentes salpicaduras de calor bélico. Digámoslo con las sentidas palabras de Pablo VI en alocución dominical de 12 de julio de 1965: "La paz había de haber constituido entonces y siempre el auténtico programa del mundo, y los hombres habían de haber luchado por la hermandad, la solidaridad, el perdón y la concordia, que hacen posibles el desarme, las negociaciones y la colaboración entre las naciones.

DIFUSION DEL MILAGRO DEL SOL DE FATIMA DE 13 DE OCTUBRE DE 1917

En la aparición de octubre, como en la de otros meses anteriores, la visión de la multitud fue indudablemente más imperfecta que la de los niños videntes, por medio de los cuales la celestial Madre quería dar su Mensaje al mundo.

No obstante, todos los ante ella congregados, que se han calculado en unas setenta mil personas, fueron testigos oculares de un milagro, que nadie se habría atrevido a predecir, ni sospechar, tan grande y extraordinario que para relatarlo ha sido preciso hallarle una nueva expresión, hasta entonces nunca usada en ningún lenguaje humano: danza del Sol. Es ciertamente inexacta e incongruente, como antes hemos expuesto; pero también fruto espontáneo de la impresión popular y del modo como el extraordinario suceso se ofrecía a los ojos atónitos del espectador, en dos fases diferentes.

Primera fase: La gente, refiere el padre de Jacinta y Francisco, miraba fijamente al sol sin que le dañara. Parecía como si se oscureciese e iluminase sucesivamente. Lanzaba manojos de luz a un lado y a otro y todo lo pintaba de distintos colores, los árboles, la gente, el suelo y el aire. Pero lo más notable era que no dañaba la vista.

Todos clavaban los ojos en él tranquila y sosegadamente.

Segunda fase: De improviso el sol se para y comienza a bambolearse a derecha e izquierda, hasta que por fin pareció que se desprendía del cielo y que iba a caer sobre la multitud. ¡Fue un momento terrible! ¡Milagro sobre milagro!...

La señora de la Capelinha, por su parte, se expresa en estos términos:

“El sol maravilloso de aquel día producía diferentes colores, amarillo, azul, blanco... e infundía un gran terror, porque parecía una rueda de fuego que iba a caer sobre la gente.

Todos gritaban: ¡Ay, Jesús, que aquí morimos todos! ¡Ay, Jesús, que aquí morimos todos!

Otros exclamaban: ¡Nuestra Señora, nos valga! y rezaban el acto de contrición. (Un sol, que así se mueve espontáneamente y por propia iniciativa, observamos nosotros, bien puede ser o simbolizar un Corazón humano, pero no un astro).

Por fin el sol se paró y todos dieron un suspiro de alivio. Estábamos vivos y había tenido lugar un milagro anunciado por los niños”

Veamos cómo lo reflejaron tres periódicos de Lisboa:

“El sol, escribía *O Dia* del 19 de octubre, presentaba un tono gris perla y una claridad extraña que iluminaba aquella gran extensión, dando al paisaje un aspecto trágico, triste, muy triste, cada vez más triste”. Como triste era momentos antes el semblante de la Virgen al pedir la enmienda de nuestra vida. ¿Cómo triste es el castigo que amenaza al mundo? (Segunda fase de tan gran milagro).

El tono ceniciento de la madreperla se transformaba como en el de lámina plateada brillante, que se iba rompiendo, hasta que las nubes se rasgaron y el sol, envuelto en la misma envoltura ligera, en el mismo color ligeramente ceniciento, se vio rodar y girar en torno de las nubes desviadas. Un solo grito salió de todas las bocas; cayeron de rodillas en la tierra encharcada los millares de criaturas, a las que Dios y la fe levantaban hasta el cielo (Primera fase).

La luz se difundía en un delicado azul, como si se derramase a través de las vidrieras de una inmensa Catedral en aquella nave gigantesca que ojivaban las manos que se erguan por los aires... La azulada luz se extinguió lentamente, para aparecer ahora como filtrada por vidrieras amarillas. (Principio de la segunda fase).

Manchas amarillas aparecían sobre los lienzos blancos o sobre las sayas oscuras y pobres de estameña. Eran manchas que se reproducían indefinidamente en las encinas rastreras, en las piedras de la sierra... Todos lloraban, todos rezaban, sombrero en mano, con la impresión grandiosa del milagro prometido y esperado y felizmente recibido. Fueron segundos, fueron instantes, que parecían horas. ¡De tanta viveza fueron!” (Reflejo de entrambas fases).

Avelino Almeida en *O Seculo* describe el sobrenatural fenómeno en esta forma: “El astro parece una placa opaca y es posible fijarse en su disco sin el menor esfuerzo. No quema, no ciega. Se diría que se estaba realizando un eclipse. Mas he aquí que se levanta un alarido colosal de ¡Milagro, Milagro! ¡Prodigio, Prodigio!

“A los ojos deslumbrados de aquel pueblo, cuya actitud nos transporta a los tiempos bíblicos y que, pálido de asombro, con la cabeza descubierta, mira cara a cara al cielo, el sol se agita y tiene movimientos bruscos nunca vistos, fuera de todas las leyes cósmicas; el sol baila, según la típica expresión de aquella sencilla gente. El mayor número de los espectadores confiesa que ha visto agitarse y bailar al sol; otros declaran haber visto el rostro risueño de la propia Virgen, juran que el sol giró sobre sí mismo como una rueda de juegos artificiales, que bajó hasta colorear la tierra con sus resplandores...” (Reflejo conjunto de entrambas fases).

Así escribía Avelino Almeida, francmasón, Director de “O Seculo”, que había ido a Fátima para ridiculizar en su diario la fe del pueblo creyente, después de haber escrito en días anteriores irónicas crónicas y gacetillas con el fin de preparar los ánimos de los lectores a la esperada relación del día 13, que tan contraria había de resultar a sus personales cálculos y previsiones.

El diario “A Orden” se expresaba en estos términos por la pluma del Dr. Domingo Pinto Coelho: “El sol, unas veces rodeado de llamas muy vivas, otras aureolado de amarillo y rojo atenuado, otras veces pareciendo animado de velocísimo movimiento de rotación, otras aparentando desprenderse del cielo, acercarse a la tierra e irradiar un fuerte calor...” (Reflejo de entrambas fases).

Recojamos también las impresiones del escritor Alfredo da Silva: “Era un día de lluvia muy menuda e incesante, pero minutos antes del milagro cesó de llover. No es posible explicar lo que entonces ocurrió. El sol comenzó a bailar y a agitarse hasta que, a cierta altura, pareció que se desprendía del firmamento y, que en ruedas de fuego, se precipitaba sobre nosotros. Mi mujer se desmayó, y yo no tuve fuerzas para atenderla; mi cuñado Juan Vassallo fue el que la sostuvo. Caí de rodillas olvidado de todo. Y cuando me levanté no sé lo que dije; recuerdo que me puse a gritar como los demás.

“Un sujeto de blancas barbas, de Santarem, increpaba a los ateos: “Ved ahora si hay o no caracteres de sobrenaturalidad”.

“A alguien, que le preguntó más tarde si podría haber allí algo de sugestión colectiva, respondió resuelto: “allí la única cosa colectiva que hubo fue la lluvia, que nos caló hasta los huesos”. (Entrambas fases).

El poeta Alfonso Lopes Vieira pudo contemplarlo desde su casa de San Pedro de Moel, a unos cuarenta kilómetros de Fátima.

“Aquel día 13 de octubre de 1917, escribe, yo, que para nada tenía en cuenta la predicción de los pastorcitos, quedé encantado con el espectáculo del cielo, para mí enteramente inédito, que presencié desde mi terraza”.

El P. Ignacio Laurenço declaró años más tarde que lo había presenciado desde Alburitel, a unos dieciocho kilómetros de distancia, siendo entonces niño de nueve años. El y sus compañeros de escuela, oyendo gritos de espanto en la calle, salieron precipitadamente de clase con su Maestro y contemplaron estupefactos el singular fenómeno. “Era como un globo de nieve, escribe, que girase sobre sí mismo. Después repentinamente pareció venirse en zigzag hacia abajo, amenazando caer sobre la tierra. Asustado corrí a guarecerme entre la multitud. Todos estaban llorando, esperando de un momento a otro el fin del mundo”. (Entrambas fases).

“Cerca de nosotros había un incrédulo sin religión, que se había pasado la mañana burlándose de los que aquel mismo día habían ido a Fátima, atraídos por las palabras de una pobre niña. Me fijé en él. Parecía como paralizado, como herido por el rayo, con sus ojos fijos en el Sol. Después le vi temblar de pies a cabeza, y elevando sus manos hacia el cielo, caer de rodillas exclamando: ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Señora!”.

“Mientras tanto la gente continuaba voceando y gritando, pidiendo perdón a Dios de sus pecados... Después corrimos a la Iglesia del pueblo, que se llenó en pocos momentos”.

“Durante el fenómeno solar todos los objetos de nuestro alrededor reflejaban los diversos colores del arco iris. Al mirarnos unos a otros, el uno parecía azul, el otro amarillo, el de más allá de color anaranjado... Todos estos extraños fenómenos aumentaron el terror de la multitud...” (Reflejo conjunto de entrambas fases).

Y no olvidemos que el milagro del Sol cordimariano no fue el único que presenció aquel día el inmenso gentío reunido en Fátima. Todos pudieron comprobar otro en su propia persona, en grato recuerdo personal de su visita a aquel lugar santo y en simbólica promesa de otras gracias, tan múltiples y atractivas como los colores que a su vista el Sol de aquel día había desparramado en la naturaleza (en su primera fase). ¿También en anuncio de posibles castigos bélico-nucleares? (en su segunda fase).

Calados de agua y barro estaban los vestidos de todos antes del séptimo descenso de la Santísima Virgen a aquel lugar; totalmente limpios y secos inmediatamente después de su elevación, vestida

del simbólico y esperanzador Sol. Eran unas 70.000 personas: luego, 70.000 milagros...

De aquí que tan singular fenómeno, tanto por el brillo, calor y movimiento, etc., con que se manifestó en Fátima y sus alrededores, como por los efectos que sus resplandores produjeron en los circunstantes y en todo el paisaje, como también por el simbolismo, ya terrorífico y amenazador, ya dulce y atractivo, que en él se adivinaba, no pudo menos de dejar honda impresión en todos los espectadores, convirtiéndolos a todos en heraldos y Apóstoles de lo que ellos mismos habían contemplado, hasta por gratitud a tan hacendosa Madre.

¿Qué más podía desearse para la difusión de tan gran milagro?

Con razón el Excmo. Sr. José Alves Correira da Silva, Obispo de Leiria, en su carta pastoral sobre las Apariciones de Fátima decía: "El fenómeno solar de 13 de octubre de 1917, descrito en nuestros periódicos, fue el más maravilloso y el que mayor impresión causó en los que tuvieron la dicha de presenciarlo".

Los niños fijaron con antelación el día y la hora en que había de verificarse; la noticia corrió veloz por todo Portugal y, a pesar de los desabrido del día y de la lluvia incesante, se reunieron millares y millares de personas, todas las cuales pudieron presenciar las manifestaciones del astro-rey, homenajeando a la Reina del cielo y de la tierra, más brillante que el sol en el auge de sus luces".

"Este fenómeno que ningún observatorio astronómico registró... fue observado por personas de toda posición y clase social, creyentes y descreídos, por periodistas de los principales diarios portugueses y hasta por individuos a kilómetros de distancia, lo que desvanece toda explicación de ilusión colectiva".

Por lo demás el hecho, milagroso en sí mismo, no puede ser más claro y diáfano. Si el hombre quiere iluminar un día la fachada de su casa proyecta sus luces sobre las sombras de la noche. María, en cambio, nos manifiesta las bondades y la gracia de su Inmaculado Corazón en pleno día, ante una ingente multitud, de cara al sol material y en forma de *Sol sobrenatural*, que eclipsa y supera muy ventajosamente todas las cualidades de aquél, móviles, lumínicas, nucleares, etc. ¡Con cuánta razón advirtió al pueblo por medio de su confidente que levantara los ojos al sol tan pronto como empezó a proyectar ante él tan singular Visión y tan vivo reflejo de las beldades de su Corazón sin mancha y de los bellos cambiantes de orden moral y de paz social que su devoción ha de traer al mundo!

La Reina del mundo y de su historia ha desplegado los rayos del Sol de Fátima de su Inmaculado Corazón, ya en variedad y multiplicidad de bienes, ya en multitud y variedad de males, sobre el mundo, en nombre de Dios, a tenor de nuestro cumplimiento o menosprecio de los medios de salvación, por Ella reflejados en su maternal Mensaje. Dichoso el que pueda ver reflejada su vida en la primera fase del Milagro del Sol cordimariano. Mucho tiene que temer, mientras no cambie de vida, quien sólo acierte a verse en la segunda.

XXXI

LLAMADA ECUMENICA DE MARIA EN FATIMA AL SIONISMO

Los pueblos cristianos, conscientes de su Cristianismo, anhelan hoy su unificación en Iglesia de Cristo, por más que por ahora el camino de la unión no en todas partes se presente claro y fácilmente asequible.

Del actual pueblo de Israel cabe decir que es cristiano, no por la voluntad de la mayoría del pueblo, sino por la de una pequeña minoría y ante todo por la del Hijo de Dios humanado, que en Israel ve su patria humana y sobre él tiene promesa y seguridad de pacífico encuentro.

María, en quien el Concilio Vaticano II ve a la Hija de Sión por excelencia, parece enseñarnos hoy la misma doctrina, cristalizada en parte por la vuelta de Israel a Palestina.

En la antigua Alianza, en anuncio del porvenir, el Profeta Sofonías puso en sus labios este pronóstico: “Alégrate, Hija de Sión; Yahvé está en ti”, que más tarde en los del Arcángel Gabriel fueron feliz realidad: “Dios te salve, llena de Gracia, el Señor está en ti”.

Y en nuestros días la humilde Esclava del Señor se ha presentado en Fátima, como hija de Sión, al par que como Madre de la Iglesia, vestida de Sol y coronada de gloria, proyectando sobre una gran multitud, y por ella sobre la Iglesia y el mundo, el nuevo Sol de su Inmaculado Corazón, Sol de Gracia, amanecido de su virginal

pecho en lumínica profusión de dones de Dios sobre sus hijos, eclipsando el sol astronómico en todo aquel horizonte, mientras allí brilló su cordimariano Sol de Gracia. ¿Estaba acaso allí el pueblo de la antigua alianza? En la mente de María ciertamente que sí, hasta expresando que la antigua alianza es también ante Ella en lo que Dios quiere, actual alianza: “Alégrate, hija de Sión, Yahvé ha alejado a los que te herían y menospreciaban; da gritos de gozo, hija de Sión, alégrate y triunfa, hija de Jerusalén; llega el día en que *os conduciré y reuniré como pueblo* y tendréis buen nombre y alabanzas de todos los pueblos de la tierra, cuando *ante vuestros ojos haga volver a vuestros cautivos. Yahvé vuestro Dios.* Así se expresa y finaliza su diminuto libro, engrandecido con esta promesa, hoy realidad, el profeta Sofonías.

Pues bien, María ha hecho que el gran Milagro del Sol de Fátima coincidiera históricamente con la vuelta a su patria, después de siglos de dispersión dura y amarga, del pueblo de Dios a la tierra de Dios, que como Padre le diera El en herencia.

Cierto que se apartaron sus moradores de la fuente de todo bien; pero Dios, como buen Padre, no se alejó indefinidamente de ellos, antes les aseguró de manera segura y clara, por medio de su Profeta Daniel, que podrían volver a su herencia. ¿Cuándo? Según la profecía daniélica, cuando sonara autoritariamente donde fuera, la voz de “a reedificar Jerusalén”, que por intercesión de María, su compatricia, sonó en Londres en 1917, por medio de la declaración de Balfour, Ministro de negocios extranjeros de Gran Bretaña, nación que, bajo su mandato, tenía por entonces aquella tierra extranjera y que tuvo la feliz idea de devolverla a quienes de la mano de Dios la recibieran, por medio de sus padres, con derecho a restablecer allí su patria, como patria recibida en su día de la mano de Dios, que las donaciones del supremo Señor de cuanto existe son irrevocables ante el Derecho humano. La coincidencia *histórica* del gran prodigio del Sol de Fátima con el de tal resurgimiento nacional no podía ser más exacta ni más llamativa, si hay que tener en cuenta de quien en realidad procede: Milagro del Sol de Fátima procedente del Corazón Inmaculado de la Reina del Mundo y de su historia: a 13 de octubre de 1917, providencial libertad del antiguo pueblo de Dios de reconstruir su patria en la tierra donación de Dios: dos de noviembre de 1917: La Hija de Sión precediendo a su pueblo en sólo 20 días de diferencia, que puede parecer el tiempo indispensable para que los historiadores

creyentes puedan coordinar las antiguas profecías de Jesucristo en persona, de San Pablo y de Daniel con un gran favor de nuestros días, procedente de la Reina de cielos y tierra y reflejado por Ella en el Sol de su Inmaculado Corazón, amanecido en Fátima a 13 de octubre de 1917, en destellos de aurora mariana y paralela a las palabras con que Ella nos tiene asegurado que por fin ha de triunfar en el mundo su Inmaculado Corazón.

Profiere el hombre de Dios su relato profético en el segundo año del reinado de Nabucodonosor, es decir, en el año 603 antes del nacimiento de Jesucristo. Se cumple su profecía en 1917, gracias a la declaración de Balfour. Luego para saber cuanto tiempo ha estado en órbita la profecía desde su proclamación verbal en el antiguo Testamento hasta su cumplimiento en el nuevo, no hay más que sumar los 1917 años de la era cristiana con los 603 de la antigua alianza: 2520 años, que divididos por siete, para darles el matiz semanal que el Profeta ha querido darles, con su, para nosotros, raro lenguaje cifrado, nos encontramos con que cada uno de los siete supuestos días de tal semana daniélica de años consta nada menos que de 360 años, cuyas últimas horas de su postrer día o Sábado, por fuerza han de estar constituidas por el año 1917 de nuestra era cristiana (año de su cumplimiento), en una semana exacta de años.

Luego la Mujer apocalíptica vista en este año en el cielo de Fátima, vestida de Sol, en conexión histórica con el otorgado retorno de Israel a su tierra, no puede ser otra que la Hija de Sión, la Virgen María, precediendo a su pueblo, en ruta simbólica hacia la misma, iluminada de hecho con los rayos de tan preclaro Sol.

XXXII

¿CUATRO AURORAS BOREALES DE MAL AUGURIO?

En la tercera Aparición de Fátima anunció la Reina de cielos y tierra que después de la guerra civil española, que tuvo que sufrir nuestra patria de 1936 a 1939 y de la anterior primera guerra mundial, caería sobre el mundo, hacia el año 1940, al decir

de Jacinta, otra peor que ésta, si los hombres no corregían su mala vida. Y dio una señal para que aproximadamente pudiera augurarse el tiempo del azote de Dios, por si la humanidad lograra por fin evitarlo, corrigiendo sus extravíos, que tal es la medicina preventiva, con que pueden evadirse todas las amenazas del cielo. Dirigiéndose, pues, la Reina del mundo personalmente a Lucía, en cuya vida, y no en la de los otros dos niños videntes, bien previsto tenía que tendría lugar tal acontecimiento, le dijo: “Cuando veas una noche iluminada con una luz desconocida, sepas que ésta es la señal que Dios te da del castigo, que sobre varias naciones se está cerniendo de largos días de guerra con sus secuelas de muerte y hambre y hasta de persecución religiosa contra la Iglesia y el Santo Padre”.

Lucía creyó reconocer esta señal de Dios en la luz extraordinaria que iluminó la noche del 24 al 25 de enero de 1938, que los periodistas de toda Europa, en su desconocimiento del fenómeno, fieles e inconscientes intérpretes de las palabras de la Reina del cielo —*cuando vieres una noche iluminada por una luz “desconocida”*—, registraron en sus columnas literarias con el nombre de *aurora boreal, extraordinariamente grande y asombrosa*.

“Era el cielo en llamas, escribían desde Friburgo (Suiza), con esplendor de rojo en sangre”, que se pudo contemplar de nueve a once de la noche.

“Se diría que era reflejo de un fuego colosal, escribieron periodistas belgas, extendido por todo el horizonte. Cuando parecía que iba a desaparecer, comenzó otra vez, durando hasta las once”.

Los periódicos de España, Hungría, Noruega, Alemania, etc., lo describieron como reflejo vivo, a lo que parecía, de grandes incendios, que durado hubieran de nueve a once de la noche en dilatados valles y hondonadas.

¡Lástima que ninguno de ellos acertara a dar a sus lectores el verdadero sentido de tan raro fenómeno! ¡Lástima que las grandes agencias de información, que por deber profesional han de orientar al mundo sobre las novedades que deben interesarle, desconocieran totalmente la que entonces y ahora más debiera interesar al hombre del día: la del Mensaje de Fátima, cuyo cumplimiento hubiera ahorrado al mundo el castigo de la segunda guerra mundial, y a España el de la guerra civil de un millón de muertos, que entonces mismo la estaba abrasando y diezmado, que en aquel lumínico fenómeno se reflejaba también en vivos colores de sangre y fuego,

en nuestra patria y en toda Europa.

La Hna. Lucía, entonces religiosa Dorotea en Pontevedra, escribió sobre el particular al Obispo de Leiría en carta fechada a 31 de agosto de 1941: "Dios manifestó esta señal, que los astrónomos quisieron designar con el nombre de aurora boreal. No sé; parece-me que si lo examinaran bien, verían que no fue tal aurora, ni lo podía ser en la forma que se presentó. Mas sea lo que quisieren, Dios se sirvió de eso para hacerme entender que su justicia estaba para descargar el golpe sobre las naciones culpables. Y por ello comencé a pedir con insistencia la comunión reparadora de los primeros sábados y la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María".

Se comprende que los periodistas, en su prisa por tener que informar a sus lectores sobre la rara e intensa iluminación nocturna, la catalogaran a la ligera entre las auroras boreales, sin temor de ser desmentidos, por aquello de que

"El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque nadie ha de ir
a preguntarles a ellas.

¿Cuántos entre todos sus lectores habrían visto auroras boreales, para poder apreciar si lo era o no el fenómeno de la noche anterior?

Pero la Hna. Lucía se queja, no de los periodistas, a quienes nadie va a exigir conocimientos astronómicos, sino de los astrónomos, por no haber examinado probablemente con detención el fenómeno.

Nosotros, que nada tenemos que ver con los unos ni con los otros, confiamos no obstante poder servir la verdad en este asunto al lector, consultando a los técnicos en la materia. Así, además, pondremos en sus manos el medio con que podrá hallar y precisar por sí mismo la veracidad de nuestros asertos.

Dios hace los milagros de modo que todos, no sólo los sabios, puedan apreciarlos debidamente, lo que no impide que algunos puedan ser mejor conocidos y determinados por los datos de la ciencia.

Pues bien, ¿qué enseñan los astrónomos sobre las auroras boreales, que pueden tener lugar en nuestras latitudes en grandes y extensas proporciones, como la supuesta aurora, que ahora nos ocupa?

1º, que tales fenómenos en tan gran proporción nunca pueden verificarse en invierno en nuestra zona terrestre, porque, como observa el P. Luis Rodés en su libro "El Firmamento", las perturbaciones solares, que son su causa inmediata, presentan tan sólo dos *máximas* al año, correspondientes aproximadamente a las dos fechas en que la latitud heliocéntrica de la tierra (-7 en marzo y +7 en septiembre) se acerca más a la de las zonas de mayor actividad del Sol y está por consiguiente más expuesta a recibir los efectos del bombardeo de los rayos solares. Así se expresa el que fue en vida experto Director del Observatorio del Ebro.

2º, que suelen presentarse a la vista del observador a grandes alturas en forma de arco luminoso, o también de grandes cortinajes pendientes de la bóveda celeste, y no a flor de tierra como reflejo de incendios terrestres; sólo en los polos, y no en nuestras zonas, puede llegar a veces cerca de la superficie terrestre.

3º, que las perturbaciones eléctricas, que durante el fenómeno sufre el magnetismo terrestre, tienen naturalmente su repercusión, con múltiples perturbaciones, en las líneas telegráficas y en los servicios electrónicos.

Ahora bien, ¿cuántas de estas características acompañaron a la llamada aurora boreal, que tuvo lugar en Europa durante la noche del 24 al 25 de enero de 1938?

Ninguna, absolutamente ninguna, ni la de dar señales de si en algún Observatorio, siquiera.

Luego creemos que tiene sobrada razón la vidente de Fátima en decir que si se examinara con detención el luminoso fenómeno que nos ocupa, se vería que no fue ni pudo ser ninguna aurora boreal.

Y si no fue cosa natural ¿qué pudo ser sino prodigiosa? Fue el simbolismo de la segunda guerra mundial, que se avecinaba, sobrenaturalmente pintado en vivos colores de sangre y fuego, y que pronto vendría en la realidad de los hechos, si el mundo no cambiaba su rumbo moral y religioso, que desgraciadamente no se preocupó de mudar en mejor senda.

El hombre, en su ceguera voluntaria, o en su despreocupación por lo revelado anteriormente en Fátima, desde hacía ya entonces más de cuatro lustros, sólo acertó a recrearse en la belleza del palo con que el cielo le amenazaba, en vez de disponerse a evitarlo con el oportuno y necesario cambio de vida. ¡Cuán lamentable y cuán culpable necedad!

Con todo, tampoco es creíble que tan bello fenómeno a estilo de aurora y de aurora boreal, pintada en tan vivos colores y en tan extensos horizontes y claramente anunciado por María a impulsos de su amor materno, sólo contenga amenazas. A través de ellas y por su aceptación voluntaria por parte del pecador arrepentido ¿no se adivinan también los primeros albores, claros y bien delineados, al par que bien asentados en extensos continentes, de la era de la Virgen, o del triunfo final de su Inmaculado Corazón, iluminando la oscura noche de nuestro siglo?

A. Speer, Ministro del Reich en los días de Hitler, refiere en sus Memorias que estando reunido el Gobierno alemán con todos sus colaboradores a 22 de agosto de 1939, fiesta en aquel año del Inmaculado Corazón de María, dato religioso, que por lo visto, él ignora y nosotros nos permitimos de añadir aquí, toda aquella totalidad de dirigentes políticos germanos, reunidos para estudiar los últimos y definitivos preparativos de la segunda guerra mundial, que entusiasmadas en seguridad de triunfo, Alemania y Austria, iban a emprender a una, vio el horizonte alemán como si tapizado estuviera en vivos y rojos colores de sangre y fuego. Al verlo Hitler, exclamó alegre: *Das sieht nach viel Blut aus, esto significa indudablemente gran derramamiento de sangre*, que él jactancioso, presumió era de prever en el campo enemigo y no en el propio. ¡De cuán diferente modo lo apreciaría la historia, particularmente la que con la vista fija en Fátima, se escribiera! Pero no olvidemos tampoco como después de aquella segunda guerra mundial, quedaron maltrechas y deshechas tanto Alemania como Austria.

Hay todavía otros dos hechos, que parecen repetir tan aterrador lenguaje, aunque quizás sólo para la Península Ibérica, o siquiera para España, que no es posible dejar en silencio, pues parecen realmente llamadas maternas de María a la conversión o a tomar en serio sus maternas Mensajes, para evitar los castigos del cielo. He aquí como relata el primero la revista madrileña SOL DE FATIMA, órgano en España del llamado Ejército Azul de María:

Nos sorprende la poca atención que ha llamado el fenómeno que se vio en el cielo de todo el norte de España en la víspera del Corpus entre las veinte cincuenta y dos y veintidós trece. Un científico alemán testigo del fenómeno escribe lo siguiente:

“Me cuesta referir con tranquilidad lo que he visto con mis propios ojos. Jamás en mi vida he visto cosa parecida.”.

“El 12 de junio, víspera del Corpus y asimismo víspera de las solemnidades de Fátima, observé durante una hora un fenómeno para mí del todo inexplicable.

Era media hora después de la puesta del sol. El cielo estaba raso. En el firmamento septentrional estaba como colgado un “relámpago” gigantesco que se extendía desde media altura celeste hasta la tierra. Era del todo inmóvil. Una franja roja de bastante anchura estaba como cayendo amenazadora hacia la tierra. Creía ver un mundo diferente. Mi impresión era que una realidad del otro mundo estaba irrumpiendo en este mundo. Poco a poco el relámpago iba formando una especie de escritura parecida a un electrocardiograma o a la acción de un sismógrafo cuando registra un terremoto. Esta gran “M” vuelta hacia la derecha, y por encima iba levantándose una nube de luz con un brillo deslumbrante en el medio con dos alas horizontales de color azul a ambos lados. Tenía la impresión que el fenómeno nos transmitía un mensaje especial.

Al día siguiente vi en los periódicos que el fenómeno lo habían visto millones de personas desde Palma de Mallorca hasta la Coruña, y que se interrumpió la transmisión de un partido de fútbol por la radio para advertir a los oyentes la aparición tan rara sobre el cielo. Los mayores recordaron un fenómeno parecido que habían visto el 24 de enero de 1938, en las vísperas de la segunda Guerra Mundial. Entonces Lucía, la vidente de Fátima, decía que era la señal de que Dios iba a castigar al mundo. No podemos hacer conjeturas sobre el significado del fenómeno celeste inexplicable para la ciencia humana. En todo caso, es conveniente estar alerta por que los signos del tiempo coinciden con el signo en el cielo de España, de que algo tremendo se está preparando y conviene que tengamos presente las palabras del Señor, que dice: “Estad alerta, porque no sabéis ni el día ni la hora”, y las de la Virgen en Fátima: “Si no se hace lo que pidió, Rusia difundirá sus errores por todo el mundo promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas; por fin, Mi Inmaculado Corazón triunfará”.

El fenómeno atmosférico tercero, que con pluma ajena, mucho mejor que la nuestra acabamos de citar, se repetió un año más tarde, a 16 de julio de 1975, fiesta de la Virgen del Carmen, un día antes del acoplamiento de las naves espaciales yanqui-soviéticas Apolo y Soyuz en su prefijada órbita.

Esas dos fechas de la historia de nuestros mismos días, semejan ser dos hermanas gemelas, aunque de muy diferente índole. La Santísima Virgen en su advocación del Carmen, como en todas las demás, que sobre Ella versan, son siempre de maternidad y protección a favor de sus hijos, en el cielo, en el Purgatorio, en la tierra y hasta especialmente en el Sol de Fátima de su Inmaculado Corazón, donde corona con su presencia y su escapulario todo el conjunto de sus Revelaciones del valle de Iría, a las que seguirán más tarde con su matiz marcadamente fatimista las de Pontevedra y Tuy.

En cambio, las naves espaciales ¿de qué nos hablan? De progreso científico? Sí, pero ¿a qué precio? Si por fin estallara en el mundo la guerra nuclear, que tiempo ha nos amenaza, ¿no tendría allí muy probablemente la humanidad, para su servicio infernal a sus posibles contrarios, grandes nubarrones o almacenes de pedrisco atómico con su consiguiente lluvia en idéntico tipo de estrellas sobre donde fueran dictando a sus dueños la malicia y locura humanas?

El cielo parece ir anunciando con sobrenaturales rosiclares de alba el triunfo del Inmaculado Corazón en el mundo, que en parte es ya bella realidad, aunque hoy por hoy precise purificar la humanidad del ateísmo, del materialismo y de la indiferencia religiosa de no pocos. Para que las sobrenaturales beldades de aurora, que nada tienen que ver con la natural, abrillantén mejor el trono de la celestial Reina y Madre, tal vez el Señor tenga que tolerar o permitir graves males surgidos del mismo mundo en su alejamiento de Dios, que actualmente sólo parecen evitables por medio de la oración y el sacrificio y la verdadera conversión al Autor de todo bien. Pero sea como sea, el Inmaculado Corazón triunfa y seguirá triunfando en adelante más y mejor que hasta hoy en el porvenir humano, a pesar de los altibajos, que pueda ir encontrando en el amor de sus hijos, en su ascensión hacia el cénit de la veneración y gloria, que su divino Hijo le tenga reservado en esta nuestra historia humana.

XXXIII

LLAMADA FATIMO-CONCILIAR AL PROTESTANTISMO

No sin razón, observa Pablo VI en su encíclica *Signum Magnum*, publicada con ocasión de su peregrinación a Fátima en 1967,

no sin razón la Liturgia Católica ve a María, por su divina Maternidad, en la Mujer apocalíptica vestida de Sol (del Sol de Justicia, recluso por nueve meses en su seno virginal, o en destellos de Gracia del mismo), de quien nos habla San Juan Evangelista en el capítulo XII de su libro del Apocalipsis.

Así fue vista en Patmos por su primer hijo de adopción, recibido en el Calvario de labios del Redentor del mundo, y siglos más tarde en Fátima ante una ingente multitud de unas setenta mil almas. Así doctrinariamente en Roma en 1965 ante los Padres Conciliares del Vaticano II, por medio de la constitución dogmática *Lumen Gentium*. Así siglos antes, en el año 431, por medio de la definición dogmática de la maternidad divina de María, definida y promulgada en el Concilio de Efeso. Así en el año 1517 fue también aclamada María por la entonces naciente Iglesia luterana, en estrecha unión, según Lutero y demás corifeos del Protestantismo, con el Concilio de Efeso y los antiguos Padres de la Iglesia de Jesucristo, de la que decían haberse separado la Iglesia de Roma.

Por muy equivocado que fuera este modo de pensar, contrario a la Iglesia Católica, hay que tener en cuenta que ellos admitían plenamente, según dicen, la doctrina católica del Concilio efesino y de los primeros Padres de la Iglesia, que también admiten hoy los adictos al primitivo luteranismo, según dicen, tanto por lo que se refiere a Jesucristo, como por lo que atañe a la doctrina mariana.

Huelga decir que también podría preguntarse cómo entienden la doctrina papal enseñada por Jesucristo en persona: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia de modo que las potestades infernales no puedan prevalecer sobre ella. ¿Qué Papa y en qué cuestión ha naufragado en la fe entre todos los sucesores de Pedro en el supremo Pontificado de la Iglesia y dirigiéndose como tal doctrinalmente a todo el pueblo cristiano? Pero dejemos esa cuestión histórica, que, gracias a la protección del Señor, no a cualidades humanas, nunca ha sido historia verdadera en la Iglesia de Cristo, por más que otra cosa creyera Lutero.

A la vista tenemos la encíclica *Signum Magnum*, Un Gran Portento, que acabamos de citar, seguida de diferentes estudios de comentaristas alemanes, ya católicos, ya protestantes, ya sacerdotes, ya seculares, en que repetidas veces se expresa su actual fe, en coincidencia con la católica en diferentes cuestiones referentes a Jesucristo y a su divina Madre, en deseos y esperanza de futura unión de entrambas Iglesias. Tenemos por muy providencial que al

apartarse voluntariamente de la Iglesia Católica fundaran sus creencias en el Concilio de Efeso y en lo hasta él enseñado por la Iglesia. Ahora sólo será cuestión de avenirnos, según es de suponer, en las nuevas definiciones o notables enseñanzas posteriores a aquella lejana época, que probablemente son mucho menos numerosas de lo que a primera vista pudiera parecer: Definición de la Inmaculada, de la Asunción, etc. que no pocos protestantes, hoy también admiten, a ejemplo de Lutero que admitió y celebró todas las fiestas y advocaciones marianas de su tiempo.

En consecuencia de lo que acabamos de observar creemos que son indudablemente más numerosos los dogmas de unión entre la Iglesia Católica y las Protestantes que los de mútua separación.

Aún nos permitiríamos señalar otro punto de unión entre ambas Iglesias, no por cuestión dogmática, sino por simple unión de calendario. Dios es el primer dueño y timonero de la historia humana y permitió que se infiltrara desunión y separación entre el protestantismo y el Catolicismo en previsión y a condición de que al cabo de cuatro siglos de separación nos encontráramos rezando ante El y su dulcísima Madre unos y otros, en unos mismo días religiosamente destacados. A todo llega la divina previsión, hasta a esos detalles, casuales para el hombre, pero no para Dios.

Múltiples son las Iglesias protestantes; pero todas tienen originariamente su día natalicio en aquel en que Lutero puso en la puerta del templo del castillo de Wittemberg noventa y cinco proposiciones doctrinales, a lo que él creía, contrarias y correctivas de la doctrina católica, particularmente en lo relativo al papado y a las indulgencias. Sucedió esta apostasía de la fe católica en marzo de 1517. Pues bien, teniendo presente que las revelaciones de Fátima tuvieron lugar en 1917, nos encontramos con que el devoto de la Virgen de Fátima y el luterano han de encontrarse en sus aniversarios, cincuentenarios, centenarios, etc.

He aquí como el primer cincuentenario de Fátima del año 1967, al par que noveno del protestantismo, se expresaba en su homilía pronunciada en la misma ciudad de Wittemberg, el Obispo luterano Johannes Jánicke: “Lo que hoy aquí nos une no ha empezado aquí, sino en Galilea y en Jerusalén, que no pensamos en Lutero, que aquí dio principio a su reforma, sino en el Evangelio, que él buscaba. No buscaría la devoción a María, que ya creía tener, y que realmente tenía aunque no le diera la importancia, que hoy afortunadamente le dan algunos de sus adeptos, como los

protestantes Sacerdotes y seculares colaboradores con católicos en el estudio de esta encíclica de Pablo VI en su lengua germana Das Grosse Zeichen o Signum Magnum en su original.

Casi al mismo tiempo en que del modo dicho, se expresaba en Wittemberg su Obispo luterano, Pablo VI, dirigiéndose en Fátima a unos dos millones de peregrinos, allí congregados, y prácticamente a muchos más que a través de la radio y televisión oírían sus palabras por todo nuestro planeta, decía al mundo: "La devoción a María ya no es para nuestros hermanos separados la anteriormente por ellos llamada herejía católica". También peregrinos protestantes veía afortunadamente allí en torno suyo la Reina del mundo y de la historia. Y es de confiar que, gracias a Fátima y a otros Santuarios marianos, entre otros medios, ha de ir triunfando ecuménicamente en dilatados horizontes su Inmaculado Corazón.

Católicos y protestantes ensalzan igualmente a María, a una con el Concilio Vaticano II, a título de Hija de Sión, que le da tanto el antiguo como el nuevo Testamento: *Da gritos de gozo, hija de Sión... Yahvé, el Rey de Israel, está en medio de ti*, como le canta el Profeta Sofonías en el capítulo tercero de su libro.

Más tarde el Arcángel Gabriel le dio la misma salutación, *que Ella deliberaba sobre qué pudiera versar y en dónde pudiera encontrarse: Alegrate, llena de Gracia; el Señor está en ti. Es de suponer que Ella misma lo habría leído en el libro de Sofonías o en alguna de sus citas, lo que da a entender, una vez más, su santa afición a la lectura de la palabra de Dios.*

El Protestantismo científico y mariano a la vez, puede gloriarse, según observa el teólogo francés René Laurentin, de haber sido el primero en descubrir el entronque ecuménico entre Sofonías y el Arcángel Gabriel, en mutuo anuncio de la Encarnación del Hijo de Dios y en consecuencia de su vida, Pasión y muerte a favor de todo el linaje humano, que como María en los primeros días mesiánicos fue punto de enlace con su divino Hijo, entre el antiguo y el nuevo Testamento, también hoy ha de ser puente y lazo de unión entre el Catolicismo y las Iglesias que, en grande o en pequeño de él se hayan ido separando a través de los siglos y hasta con toda secta religiosa desconocedora de Cristo, que por su dulcísima Madre llegue a su encuentro.

¿No parece providencial en este caso que el Señor se haya querido servir de teólogos protestantes, antes que de cualquier otro, para atraer a sus correligionarios a mejor unión con la fuente

de todo bien, que la que actualmente les sirve para apagar su sed de verdad evangélica?

¿Quiénes han sido los primeros descubridores de tan rica mina de ecumenismo mariano? Laurentin cita dos, alemán el uno e inglés el otro: H. Sahlin, con su libro *Der Messias und Das Gottesvolk*, El Mesías y el pueblo de Dios; y el inglés A.G. Heber, con su estudio en la revista *Theology*, bajo el epígrafe *The Virgin Mary daugther of Sion*, La Virgen María hija de Sión (1).

Desde el siglo dieciséis hasta poco ha, María y el Papa han sido los más antagónicos signos de separación entre católicos y protestantes. ¿Estamos en la aurora del día en que, gracias a la oración de Cristo en el Cenáculo y a las llamadas actuales de María a sus hijos hacia la unidad, logremos todos mutuamente entendernos con natural y sobrenatural claridad, en toda verdad revelada?

Nada hay imposible para Dios, ni para la Omnipotencia suplicante de María. ,

XXXIV

EL ALMA ANGELICAL DE FRANCISCO, EL PASTORCITO DE LA VIRGEN

El divino Maestro nos enseña por medio de obras y de palabras, por sí mismo y por sus discípulos.

La divina Madre no se aparta en nada de tan práctica y eficaz Metodología.

En capítulos anteriores hemos contemplado los primeros fulgores de la gracia en el alma de los tiernos videntes, por efecto del maternal magisterio de María. Sigamos ahora el resto de la sobrenatural ruta de luz y de amor de cada uno de ellos, que de su ejemplo quiere nos sirvamos el Señor para el mejor conocimiento y amor del Mensaje de su Madre.

El primero en recorrerla toda hasta llegar a las playas de la eternidad feliz, que la misma amante Madre les tenía prometidas, fue Francisco. Su vocación especial fue más sencilla a los ojos del mundo que la de Lucía y hasta que la de su hermanita Jacinta, pero igualmente grande ante Dios. En todas las Apariciones veía a

la Santísima Virgen y gozaba lo indecible con su presencia, pero no dialogó nunca con Ella, ni oyó siquiera ninguna de sus palabras. Se enteraba de ellas por medio de las dos niñas.

Visión complicada hasta para el teólogo. Gozando los tres de buen oído, unos oyen y otro no; los tres ven con toda claridad a la celestial Madre. Pudo, pues, ser sobrenatural fenómeno objetivo para la vista de los tres, pero no para el oído de todos ellos. ¿Es posible pensar que pastorcillos analfabetos fueran capaces de urdir-la maliciosamente? ¿Sabían ellos qué es visión subjetiva y qué objetiva? ¿Es que así la quiso la divina Madre precisamente para evidenciar mejor ante todos la imposibilidad de fraude?

Se trata de dones gratuitos de Dios y de su divinal Madre, que no suponen necesariamente virtud en el que los recibe, ni tampoco más perfección moral en aquel a quien de mejor modo se otorgan. Fátima enseña también esta verdad tanto en los niños videntes, como en la multitud de las personas, testigos del milagro del Sol, de la lluvia de estrellas, etc.

La Reina del mundo nos envía su maternal Mensaje de modo que podamos comprender que es para todos sus hijos, sin excepción, tanto para los incipientes como para los proficientes, tanto para los pecadores como para los santos, aunque tuvo buen cuidado de poner a sus pastorcitos en condiciones de poderse contar entre estos últimos. Por algo ya desde la primera Aparición les prometió el cielo y les preguntó si estaban dispuestos a granjearse-lo recibiendo con agrado todas las cruces que el Señor quisiera enviarles.

Y las cruces provenientes de la misión para la que Dios les tenía escogidos no se hicieron esperar.

Fueron las dudas y desconfianzas de todos, hasta de los padres y hermanos, del señor Párroco y de casi todos los vecinos, las burlas y palabras mordaces de todos los días, la persecución del Alcalde, la cárcel, etc., etc.

El espíritu de oración y de mortificación era el aglutinante que unía cada día más íntimamente a los tres pastorcitos.

He aquí algunos episodios que retratan al vivo el de Francisco y que debemos a la pluma de su prima: “Un día nos dirigíamos a mi casa, situada enfrente de la de mi madrina. Acababa ella en aquel momento de hacer el aguamiel y nos llamó para ofrecernos un vaso. El primero a quien ella lo dio para que bebiera fue Francisco. Este lo toma, y sin beber lo pasa a Jacinta para que lo beba

primero conmigo, y sin decir más, da media vuelta y se marcha.

—¿Dónde está Francisco?, pregunta mi madrina.

—No sé, no sé. Ahora mismo estaba aquí.

Como no volvía, Jacinta y yo fuimos a buscarlo, donde suponíamos que estaría; efectivamente, allí le encontramos al borde de nuestro pozo.

—Francisco, ¿no has bebido el aguamiel? La madrina ha preguntado por ti varias veces, pero tú no aparecías por ningún lado.

—Cuando tomé el vaso, de repente se me ocurrió ofrecer aquel sacrificio a Nuestro Señor para consolarle, y mientras vosotras la bebáis, me vine hacia aquí.

Su ideal era sufrir y mortificarse para consolar a Jesús y desagraviarle por los pecados del mundo.

¿Sufres mucho, Francisco?, le preguntó un día su prima, estando él postrado en cama en su última enfermedad.

—Sí, pero sufro para consolar a Nuestro Señor.

—Pues no te olvides de ofrecer tu dolor por los pecadores, replicó Jacinta.

—Sí, contestó él precisando conceptos, primero lo ofrezco para consolar a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen, y después, sí, lo ofrezco por los pecadores y por el Santo Padre.

Otro día, prosigue Lucía, al acercarme a su lecho, le encontré muy contento.



—¿Estás mejor?

—No; me siento peor, pero ya falta poco para ir al cielo. Allí consolaré mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora.

—Pero ¿qué te gusta más: consolar a Nuestro Señor, o pedir por la conversión de los pecadores, para que no vayan más almas al infierno?

—Me gusta más consolar a Nuestro Señor. ¿No te has fijado cómo Nuestra Señora se puso tan triste cuando pidió que no disgustasen más a Jesús, que ya estaba tan ofendido? Yo quiero consolar a Nuestro Señor, y después convertir a los pecadores para que no le ofendan más.

¿Hubiera podido contestar mejor el teólogo más exigente, o el alma más favorecida con gracias místicas? De buena Maestra en la ciencia de la santidad había tenido la suerte de aprender tan práctica enseñanza el avisado pastorcito!

En otra visita, al preguntarle su prima si sufría mucho, le contestó: “Sí, sufro. Pero lo ofrezco todo por amor de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Quisiera sufrir más, pero no puedo. Ahora ya no soy capaz de usar más la cuerda”. Y buscándola entre la ropa, se la entregó diciéndole: “Tómala y llévatela antes de que la vea mi madre, que ya no puedo soportarla más en la cintura”.

El gran imán de su corazón era Jesús Sacramentado, o como él y sus compañeras solían llamarle, Jesús escondido.

“Padre, dije un día a su progenitor, yo no tengo esperanzas de curar, yo me iré pronto al cielo, pero antes de morir quisiera recibir al Padre del cielo, a Jesús escondido”.

“Ya voy a tratar de esto”, contestó el afligido padre. Y se dirigió a la Parroquia.

Poco después llegaría el señor Párroco para administrarle los últimos Sacramentos. Mientras tanto, Francisco pidió a su hermana Teresa que fuese a llamar a Lucía, porque antes de confesarse y comulgar tenía que darle un encargo.

¿De qué podía tratarse?

Cedamos aquí de nuevo la palabra a su prima y confidente:

“Un día por la mañana temprano, su hermana Terésa viene corriendo a llamarme diciendo que Francisco está muy mal y que quiere decirme algo.

Me vestí aprisa y allá fui... Pidió a su madre y a sus hermanos que saliesen de la habitación, pues me quería comunicar un secreto. En cuanto nos quedamos solos me dijo: “Voy a confesarme

para comulgar antes de morir. Quisiera que me dijese si me has visto hacer algún pecado y que fueses a preguntar a Jacinta si ella me vio hacer alguno”.

—“Has desobedecido alguna vez a tu madre, le contesté. Cuando ella te decía que te quedaras en casa y tú te escapabas para venir conmigo o para esconderte”.

—Es verdad; tengo eso. Ahora vete a Jacinta y pregúntale si ella se acuerda de algo más.

Fuí allá, y Jacinta, después de pensar un poco, me respondió:

—Mira; dile que antes de la Aparición de Nuestra Señora, robó diez céntimos a nuestro padre para comprar una filarmónica a José Marto, de la Casa Velha, y que cuando los chicos de Aljustrel arrojaban piedras a los de Boleiros, él también tiró algunas.

Después de comunicarle este recado de su hermana me respondió:

—De esos ya me he confesado, pero los confesaré de nuevo. Quizás por esos pecados que yo hice, Nuestro Señor está tan triste. Pero yo, aunque no muera ahora, jamás los volveré a cometer. Ahora estoy arrepentido.

Y juntando las manos rezó la oración: “Oh, Jesús mío, perdonadnos; libradnos del fuego del infierno; llevad al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de vuestra misericordia”.

Luego añadió: “Mira, pide tú a Nuestro Señor que me perdone todos mis pecados”.

—Sí, ya pido; puedes estar tranquilo. Si Nuestro Señor no te hubiese perdonado, la Santísima Virgen no habría dicho a Jacinta, hace poco todavía, que en breve te llevaría al cielo. Ahora voy a Misa, y pediré por ti a Jesús escondido.

—Oye; pídele que el Sr. Párroco me dé la Comunión.

—Así lo haré.

Cuando volví de la Iglesia, fui a visitarlo de nuevo, y al verme me preguntó:

—¿Has pedido a Jesús escondido que el Sr. Párroco me dé la Sagrada Comunión?

—Sí.

—Después en el cielo yo pediré por ti.

Y allí le dejé con su hermanita Jacinta, que acababa de levantarse, prosigue Lucía. Al volver por la noche, le encontré radiante de alegría. Se había confesado y el Sr. Párroco le había prometido

traerle al día siguiente la sagrada Comunión;

¡Con qué ansiedad esperaba ese momento en que su corazón se iba a unir a Jesús escondido por medio de la Sagrada Comunión! Para recibirle con mayor reverencia no quiso tomar nada desde la medianoche...

Cuando al rayar el alba en aquella mañana de primavera, Jesús entraba en su casa, por respeto al Señor, trató de levantarse, sentándose para ello primero en la cama, pero le faltaron las fuerzas por completo, cayendo encima de la almohada.

—Puedes recibir a Jesús sentado, le dijo la madrina Teresa.

Momentos después Jesús entraba en aquella alma angelical. Francisco se quedó luego en estática contemplación, gozando de la presencia de Jesús escondido, que pronto contemplaría cara a cara en la gloria.

Al despertar de aquel dulce arrobamiento, lo primero que le ocurrió fue preguntar a su madre: “¿Me traerá también mañana el Sr. Párroco a Jesús escondido?”.

Y dirigiéndose luego a Jacinta añadió: “Yo soy más feliz que tú, porque tengo dentro de mi pecho a Jesús escondido”.

Como la escena se estaba trocando en demasiado emocionante, escribe Lucía, mi tía me mandó salir del cuarto, pues no podíamos contener las lágrimas.

—Entonces, “adiós... Francisco. Hasta el cielo”.

—“Adiós, hasta el cielo”.

Y al cielo voló momentos después a 4 de abril de 1919.

Poco antes de expirar había dicho hablando con su madre terrena: “Mire, madre, qué luz tan bonita, allí, junto a la puesta. Y después de breves minutos de dulce arrobamiento: “Ahora ya no veo nada”.

También en Cova de Iría la celestial Madre solía anunciar su visita momentos antes de hacerla, con un rayo de luz. Pero ahora no pudo haber estallido del rayo, pues no cabía aquí ni sombra de posible castigo del cielo.

Inmediatamente después se iluminó su rostro con una angelical sonrisa, y sin agonía, sin una contracción, ni un gemido, entregó dulcemente su espíritu en manos de aquella hermosa Señora que dos años antes le había prometido venir pronto por él para trasladarlo a su Reino celestial.

Francisco había cumplido y terminado su vocación especial de reflejar en su vida las enseñanzas de su Madre del cielo y todo el

contenido de su maternal Mensaje.

En adelante los devotos de la Virgen de Fátima y los admiradores y émulos de sus pastorcitos tendrán en el cielo un poderoso intercesor más; y son efectivamente muchos los que creen haber recibido gracias extraordinarias por su intercesión.

Personas hay que atestiguan haberlas recibido de él hasta cuando todavía pastoreaba sus ovejitas. Pongamos aquí un caso siquiera por vía de ejemplo. Un día oyó decir que un jovencito de un caserío vecino, acusado de un grave delito, había sido encarcelado.

Mirad, dijo poco después a su prima y a su hermana: Yo me voy a la Iglesia a pedir a Jesús escondido la libertad del vecino desgraciado.

Al preguntarle luego las niñas si se había acordado de rogar por él les contestó: Sí, podéis decir a su madre que ya está libre.

Efectivamente, breves días después llegó alegre a su casa y hasta fue al valle de Iría para agradecer desde allí a la celestial Madre y al Señor el favor que le habían otorgado por medio de las oraciones de Francisco.

XXXV

JACINTA, LA FLORECITA DEL INMACULADO CORAZON DE LA CELESTIAL MADRE

Desde el día 13 de junio de 1917, tanto Jacinta como su hermano Francisco, sabían que la Santísima Virgen bajaría pronto del cielo para llevárselos a los dos a aquella patria feliz y eterna.

De consiguiente, aunque ellos en su simplicidad e inocencia no pudieran sospecharlo, era de prever que les pondría cuanto antes en condiciones interiores y exteriores de recorrer con seguridad y rapidez la órbita de ejemplaridad, que en el firmamento de la Iglesia Dios les tenía prefijada, para cumplir su misión en este mundo, reproduciendo en la égloga infantil de su propia vida todo el contenido del Mensaje de la celeste Visión del valle de Iría.

Efectivamente, muchos y muy atractivos son los destellos de virtud con que iluminaron los breves, pero bien aprovechados, días de su existencia terrena.

En la imposibilidad de reflejarlos todos en estas páginas, fijé-

monos ahora en los más destacados de Jacinta, como en el apartado anterior lo hemos hecho con los de su hermano.

Para hacerlo debidamente y sin peligro de defraudar los justos deseos del lector de contemplar el retrato sobrenatural de esta alma afortunada y heroica, nos serviremos preferentemente de las palabras de Lucía, su prima e íntima confidente, que antes nos han delineado también el de Francisco.

“Un día, escribe en sus Memorias, estábamos sentados en el portal de casa de mis tíos, cuando notamos que se acercaban varias personas. Francisco y yo, sin tiempo para más, corrimos cada uno para su cuarto a escondernos debajo de las camas. Jacinta dijo:

—Yo no me escondo. Voy a ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor.

Aquella personas se acercaron, hablaron con ella, esperaron largo rato mientras me buscaban, hasta que por fin se fueron en buena hora.

Salí entonces de mi escondrijo y le pregunté:

¿Qué respondiste cuándo te preguntaron si sabías dónde estábamos nosotros?

—No respondí nada. Bajé la cabeza, puse los ojos en el suelo, y no dije nada. Siempre hago lo mismo cuando no puedo decir la verdad; y no quiero mentir, porque la mentira es pecado.



¿Cómo hubiera podido pecar, ni que fuera levemente, alma tan favorecida de Dios, sabiendo que los pecados le ofenden a él y al Corazón Inmaculado de su Madre, que por las iniquidades de los hombres había visto cercado de espinas?

Los favores del cielo eran ciertamente combustible del amor a Jesús y a María, y por ende también del horror al pecado, en los tiernos corazones de los videntes, como ellos mismos hasta experimentalmente pudieron y supieron comprobar.

Así Lucía, después de relatar la segunda Aparición y la visión del Corazón Inmaculado, coronado de espinas, termina diciendo: “Me parece que aquel día sentimos en el corazón un amor más ardiente al Corazón de María”.

Jacinta, por su parte, saboreándose en el recuerdo de lo que había visto y oído, decía a su prima: “Aquella Señora dijo que su Corazón Inmaculado sería tu refugio y el camino que te conducirá a Dios. ¿No la quieres mucho? ¡Yo amo tanto su Corazón...! ¡Es tan bueno...! ¡Me da tanta pena no poder comulgar en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María y para pedir la conversión de los pecadores!

Aunque la Iglesia y el Clero en general se mantuvieron al principio, como era su deber, en una prudente reserva respecto a las Apariciones, hubo no obstante, algunos pocos sacerdotes que cayeron pronto en la cuenta de su carácter sobrenatural y animaron a los niños a ser fieles a la gracia y a dar continuas gracias a Dios y su celestial Madre por los favores recibidos de su amante Corazón.

De uno de ellos escribe Lucía: Vino también el Sr. Dr. Cruz de Lisboa, para interrogarnos. Después de haberlo hecho nos pidió que le mostrásemos el sitio donde Nuestra Señora se había aparecido. Por el camino nos fue enseñando una letanía de jaculatorias, de las cuales Jacinta recogió dos que después no cesaba de repetir. Eran: *Jesús mío, os amo. Dulce Corazón de María, sed la salvación mía.* La última sobre todo le era especialmente familiar. A veces, después de decirla, observa Lucía, añadía con aquella simplicidad que le era natural: ¡Amo tanto al Inmaculado Corazón de María! ¡Es el Corazón de nuestra Madrecita del cielo! ¿A ti no te gusta decir a menudo: Dulce Corazón de María, Inmaculado Corazón de María? ¡A mí me gusta tanto, tanto!

A veces iba cogiendo flores del campo y cantando con tonada improvisada por ella en el mismo momento: ¡Oh dulce Corazón de

María, sed la salvación mía! Inmaculado Corazón de María, conierte a los pecadores, libra a las almas del Purgatorio.

Para desagraraviar al Inmaculado Corazón, escribe su prima y confidente, soportó los dolores torturantes de una larga enfermedad y las innumerables incomodidades que le acarreo.

Digámoslo con sus mismas sencillas al par que impresionantes palabras: "Un día su madre le llevó una taza de leche y le dijo que la tomase.

—No quiero, madre, respondió apartando la taza con la mano.

Mi tía insistió un poco, y después se retiró diciendo: No sé cómo hacerle tomar cosa alguna con tanta desgana.

Cuando nos quedamos solas, le pregunté: ¿Cómo desobedeciste a tu madre y no hiciste este sacrificio?

Al oír esto dejó caer algunas lágrimas, que yo tuve la dicha de limpiarle, y dijo: No me he acordado. Llama a mi madre, y pídele perdón, y dile que tomaré cuanto ella quiera.

Su madre le volvió a dar la taza de leche, que ella tomó sin mostrar la más leve repugnancia. Después me dijo: ¡Si supieras lo que me ha costado tomarla! Cada vez me cuesta más tomar la leche y los caldos, me dijo otro día, pero no digo nada; y lo tomo todo por amor de Nuestro Señor y del Inmaculado Corazón de María, nuestra Madrecita del cielo.

Su consuelo era sufrir por tan santo Corazón. Sufro, sí, decía a Lucía en su dolorosa enfermedad, pero lo ofrezco todo por la conversión de los pecadores y para reparar al Corazón Inmaculado de María.

Cuando su hermanito Francisco estaba ya próximo al último trance le encargó que al llegar al cielo dijera a Jesús que ella estaba pronta a sufrirlo todo por la conversión de los pecadores y para desagraraviar al Corazón Inmaculado de María.

La divina Madre se sentiría sin duda satisfecha del amor de los dos hermanitos enfermos, y bajó una vez más del cielo para consolarlos.

Un día, dice su prima, me mandó llamar para que fuese aprisa a su lado. Allá fui corriendo.

Había grandes noticias que contar:

"Nuestra Señora nos ha venido a ver, y ha dicho que muy pronto vendrá a buscar a Francisco para el cielo. Y a mí me preguntó si quería convertir aún muchos pecadores. Le he dicho que sí. Me dijo que iría a dos hospitales, que allí sufriría mucho,

que sufra por la conversión de los pecadores, en reparación de los pecados, con que es ofendido el Inmaculado Corazón de María, y por amor a Jesús. Le pregunté si tú vendrías conmigo. Me dijo que no. Esto es lo que más me cuesta. Me dijo que vendría mi madre a llevarme. Y que después me quedaré sola”.

Muerto Francisco, Jacinta fue trasladada a su cama, porque, por estar más cerca de la entrada, podría atender así más fácilmente a los que desearan hablarle, y para darle algún consuelo con el recuerdo del hermano difunto.

Pero la verdad es que fue este un remedio doblemente contraproducente, pues tanto los continuos interrogatorios de los devotos y curiosos como el recuerdo de Francisco fueron para ella causa de nuevos sufrimientos. Se quedaba muchos ratos pensativa, nota Lucía, y si se le preguntaba en qué pensaba respondía: En Francisco. ¡Quién me diera poderlo ver! Y los ojos se le arrasaban en lágrimas.

Entre los frutos primerizos de virtud heroica del magisterio de María, recogimos antes el de la cuerda, que los tres pastorcitos se apretaron en la cintura debajo de la ropa interior, a guisa de cilicio, para mortificarse. La de Jacinta tenía tres nudos, y la llevó sobre sí hasta su última enfermedad. Entonces se la entregó a Lucía diciéndole: Guárdame la cuerda. Tengo miedo de que mi madre la vea. Si yo mejorase, la quiero otra vez.

Lucía la conservó escondida, juntamente con la de Francisco, hasta que al salir definitivamente de su casa para ingresar en un internado de Doroteas, no sabiendo cómo conservarlas escondidas por más tiempo, quemó las dos.

Florecita del Corazón de María hemos llamado a Jacinta, porque la nota dominante de su heroica virtud fue indudablemente la tierna y acendrada devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios.

La celestial Reina y Madre se complació tanto en su tierna y aromática flor, que quiso embellecerla con nuevas gracias y visiones antes de trasplantarla a los vergeles de la eterna dicha.

Ya antes de su enfermedad le había otorgado el don de profecía, no sólo respecto al resto de su vida, sino también con relación a otros acontecimientos de carácter mundial. Así, un día hablando con Lucía le decía: “No sé cómo fue. Pero yo vi al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas, delante de una mesa con las manos en la cara, como llorando. Fuera de la casa había mucha

gente y unos le tiraban piedras, otros le imprecaban y le decían muchas palabras feas. ¡Pobrecito Santo Padre! Hemos de pedir mucho por él!... ¿No viste cuánta carretera, cuántos caminos y campos llenos de gente que lloraban hambrientos sin tener nada que comer? ¿Y al Santo Padre en una iglesia, delante del Inmaculado Corazón de María rezando? ¡Y cuánta gente rezaba con él!... (Ida del Papa a Fátima en 1967) ¿Puedo decir que he visto al Santo Padre?

— ¡No! ¿No ves que esto forma parte del secreto, que pronto se descubriría por aquí?

— Está bien. Entonces no diré nada.

Poco después su padre la llevó al hospital de Ourem, por si allí pudiera estar mejor atendida que en casa, donde todos, menos él, estaban enfermos. Pero no habiendo mejorado, antes empeorado, a los dos meses la sacó de allí, y poco después la llevó a Lisboa.

Ahora, poco antes de su partida para la capital, que sabía bien había de ser el último destino providencial en la tierra, decía a Lucía su más íntima confidente, como en forma testamentaria:

“Ya falta poco para ir al cielo. Tú te quedas acá para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando hayas de decir eso no te escondas: di a todo el mundo que Dios nos concede las gracias por medio del Corazón Inmaculado de María, que se las pidan a Ella, que el Corazón de Jesús quiere que a su lado se venere el Corazón Inmaculado de María, que Dios a Ella le ha encargado la paz del mundo. ¡Si yo pudiera meter en el corazón de todos los hombres el fuego que tengo aquí dentro del pecho, que tanto me hace gustar del Corazón de Jesús y del Corazón de María...!”

Me dijo la Señora que iría a Lisboa, a otro hospital; que ya no volvería a verte; que después de sufrir mucho, moriría allí solita, alejada hasta de mis padres y hermanos; pero que no tuviera miedo, que vendría Ella por mí, para llevarme al cielo... ¡Ya no nos volveremos a ver en este mundo! Tú no has de ir allá a visitarme. Reza mucho por mí, que voy a morir solita...”

— Y ¿qué harás en el cielo?, le pregunta Lucía.

— Amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María, pedir por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, por mis padres y hermanos y por todas las personas que me han pedido que ruegue por ellas... ¡Gozo tanto sufriendo por amor de Nuestro Señor y de Nuestra Señora! Ellos se gozan mucho en que quiera sufrir para

convertir a los pecadores.

—Lucía ¿has comulgado hoy?.. Entonces acércate a mí, que tienes en tu corazón a Jesús escondido... No sé cómo es; siento a Nuestro Señor dentro de mí, comprendo lo que me dice y no le veo ni oigo, pero ¿es cosa tan buena estar con El!

Recibe de su prima una estampita del Corazón Sagrado de Jesús, y besándola exclama: “Le beso en el Corazón, que es lo que más me gusta. ¡Quién me diera tener un Corazón de María! ¿No tienes uno? Me gustaría tener los dos juntos”.

La separación definitiva de Lucía fue desgarradora. Partía el alma, refiere ella misma. Se mantuvo mucho rato abrazada a mi cuello y decía llorando:

¡Ya nunca nos volveremos a ver!... Reza mucho por mí, hasta que vaya al cielo; después yo pediré por ti. No digas nunca el secreto, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María.

Fueron estas las últimas palabras, que en la separación definitiva, estrecharon más y más, con los dulces lazos del amor a los Sagrados Corazones de Jesús y María los de las dos tiernas videntes.

En la capital portuguesa la celestial Madre parecía complacerse en visitar a su fiel pastorcita durante su dolencia. Recién llegada allí, se le aparece de nuevo para decirle que va a morir y a entrar muy pronto en posesión del eterno premio de la gloria, y hasta, como anteriormente vimos, le comunica otros hechos futuros de carácter internacional. “Si los hombres no se enmiendan, le dice, Nuestro Señor enviará al mundo un gran castigo, tan grande que jamás se ha visto otro igual.

Pronosticó también la próxima muerte de sus dos hermanas Florinda y Teresa.

“A Nuestra Señora le gustaría mucho, dijo, que mis hermanas se hiciesen Religiosas. Mi madre no lo quiere, pero por eso Nuestro Señor no tardará en llevárselas al cielo”, como así realmente sucedió poco después de la muerte de Jacinta.

Un médico cirujano que había visitado Fátima, se interesó especialmente por la tierna pastorcita, y quiso operarla, para ver de salvarla.

Ella, empero, segura de su próxima muerte, decía que era inútil operarla.

No la creyeron y tuvo que sujetarse a la operación, en la que le

extrajeran dos costillas. Esto fue causa de nuevos sufrimientos, especialmente en las curas subsiguientes a la intervención quirúrgica.

Pero cuatro días antes de la muerte desaparecieron los dolores como por ensalmo, sin que los médicos pudieran atinar en la causa.

La paciente sabía más que ellos a este respecto, y con toda sencillez se lo dijo al que la asistía: “Nuestra Señora ha vuelto a presentarse y me ha dicho que pronto vendrá a buscarme y me ha quitado los dolores”.

Cuatro días después, a 20 de febrero de 1920, expiraba dulcemente bajo su protección maternal, asistida en lo humano tan sólo por una joven enfermera, llamada Aurora Gomes, mi Aurorita, como solía llamarla Jacinta.

Se habían cumplido hasta en sus detalles los vaticinios que, sobre su enfermedad y su muerte había recibido de la Reina del cielo.

En su reino la habrá coronado indudablemente de gloria, constituyéndola al mismo tiempo particular intercesora y abogada a favor de los devotos de su Inmaculado Corazón.

Habrà llamado quizás la atención del lector la prudente indiscreción de Jacinta en preguntar a su prima si podía comunicar a todos su visión del Santo Padre, rodeado de mucha gente buena y mala, contraria y adicta, en una gran Iglesia y rezando al Inmaculado Corazón de María, como también la quizás más indiscreta prudencia de ésta al consignar en sus escritos que tuvo que contestarle que no lo dijera a nadie, porque por aquí fácilmente podría descubrirse el llamado tercer secreto, hasta tal vez su indicación muy posterior, pero que aquí surge espontáneamente en la memoria, de que en el año 1960 podría manifestarse todo, siquiera a la competente autoridad eclesiástica.

¿A qué podría referirse todo ese conjunto de espontaneidad infantil sobre cosas tan serias? Muy en serio las quieren tratar los tiernos videntes. Muy oculto permanece el enigma hasta para la autoridad competente antes de aquella fecha. Pero de modo algo transparente para ella, como para todos, exactamente igual que otros secretos que en diferentes capítulos confiamos haber descubierto naturalmente al dictado de expresiones y símbolos en el curso de estas Revelaciones de Fátima, como la sobrenaturalidad del *Sol de Fátima*, *Sol de Gracia*.

Lo que en otras ocasiones la Santísima Virgen ha querido ex-

presar parcialmente por sí misma, dejando que la historia del porvenir lo reflejara más al detalle en su haber ¿por qué no ha de poder transparentarlo sólo en parte, si así es mejor hacerlo para nuestro bien, en expresiones infantiles de sus pastorcitos, fluctuantes al parecer entre la prudencia senil y la imprudencia de sus tiernos años? Bien sabe Ella que el tiempo nos despejará automática y totalmente sus incógnitas, cuando así convenga para nuestro mayor bien.

Pero ¿qué es lo que actualmente puede leerse a través de esas expresiones de las dos pastorcitas? La ida del Papa a Fátima vista desde 1917.

He aquí lo que ve en ellas el célebre teólogo, R.P. Joaquín M. Alonso “La realización de estas visiones verificose, según creemos, durante la pasada guerra. Entonces los caminos del mundo y los campos de concentración pululaban de gente que lloraba con hambre. Y ¡cuántos comunistas y sectarios de otras falsas ideologías injuriaban, calumniaban y tiraban las piedras de sus sarcasmos al Santo Padre!

Asediado y abrumado por tantas angustias, Pío XII se volvió al Corazón Inmaculado de María, consagrándole el mundo el 31 de octubre de 1942 y renovando solemnemente la consagración en medio de devota multitud de fieles en la Basílica de San Pedro el 8 de diciembre siguiente. Entonces se realizaba plenamente la visión de Jacinta: El Santo Padre orando en una Iglesia ante el Corazón Inmaculado de María y tanta gente rezando con él” (1).

Por nuestra parte, no creemos apartarnos un ápice del criterio del ilustre teólogo cordimariano, dando por supuesto que si hoy escribiera su libro sobre Jacinta Marto nos daría a leer las expresiones proféticas de su biografiada, no sólo a través de los grandes males de la segunda guerra mundial y de la paternal actuación de Pío XII, sino también al dictado de la actual amenaza de otra guerra peor y del contrapeso providencial y preventivo, que según el lenguaje de Fátima, como antes vimos, le ha puesto el actual Sumo Pontífice Pablo VI, renovando la consagración al Inmaculado Corazón a una con todos los Obispos del orbe católico, declarando al mismo tiempo a María Madre de la Iglesia y peregrinando a Fátima.

Visto y comprobado queda en páginas anteriores que la serie de estas Revelaciones de la nava de Iría se desliza por doble vía paralela de grandes bienes y grandes amenazas, aunque las primeras

se profieren de modo absoluto y las segundas en forma condicional; que la lluvia de estrellas de la sexta Aparición y el descenso del sol de la séptima, por ejemplo, primaria y absolutamente significan lluvia de gracias sobre el mundo, iluminado por el Sol del Corazón sin mancha de la celestial Madre, aunque en caso de desprecio de tan gran bien, o bajo esta condición y en tanto que el menosprecio perdure, también pueden ser y son efectivamente amenaza de lluvia de castigos sobre el mundo, si es que en su voluntaria ceguera este camino escoge la humanidad. Líbrenos la Virgen de todo castigo del cielo infligido a estilo y escala de holocausto nuclear.

Antes del año 1960 —o de sus inmediatos antecesores o sucesores en el calendario—, el hombre de la calle, en la inmensa mayoría de los que pueden designarse con este nombre, no podía hacerse cargo de todo el alcance de esta doble vía del bien y del mal, por la que se van deslizando nuestros días (1).

Hoy, en cambio, todo el mundo sabe que por la primera corren grandes esperanzas con los nombres de Concilio Vaticano II, decididamente abierto a favor de toda la humanidad, ecumenismo católico, reforma litúrgica de cara al pueblo con miras a su mejor participación en el culto, Apostolado seglar, María Madre de la Iglesia, rutas apostólicas del Santo Padre hacia Jerusalén, hacia la India, hacia la O.N.U., etc.; y que la vía contraria está gravemente amenazada de descarrilamiento, que pudiera resultar catastrófico, en cualquier momento. ¿No le parece al lector que en esta balanza se va inclinando ya el peso hacia el platillo del bien?

Para sacar al mundo de su letargo moral la Virgen necesita servirse de este doble lenguaje, ya en forma de símbolos o palabras, ya en la realidad de los hechos. Día vendrá en que la humanidad agradecerá a los grandes Pontífices, que últimamente han ocupado la Cátedra de San Pedro, el haber consagrado y vuelto a consagrar el mundo al Corazón de María, y hasta el haber continuado en la tierra la actuación de la Reina del cielo al confiar al tiempo, y repetidas veces, el significado exacto de sus Revelaciones de Fátima, dejando siempre bien sentado que en nuestra mano está, a libre elección, nuestro porvenir próspero o adverso. El misterio de Fátima, observaba el Cardenal G. Cerejeira, no ha dicho todavía su última palabra al mundo, ni tampoco hoy la ha dicho, añadamos nosotros.

LA TERCERA COSECHA DE LUCIA

La Santísima Virgen bajó del cielo a Fátima para librar a sus hijos de los errores dogmático-morales que a muchos dominan en nuestros días, y a todo el mundo de los universales y catastróficos castigos de Dios, que tiene bien merecidos.

Tal es el objetivo de su maternal Mensaje de paz.

Para nuestra mejor instrucción, en todas y cada una de sus variadas facetas, empezó por grabarlo bien a las claras en el corazón y en la vida de tres pastorcitos, a fin de que ellos, a su vez, logran transmitirlo al mundo con su palabra y con su ejemplo. Por esto en capítulos anteriores, después de haberlos contemplado a los pies de la Reina del cielo, nos hemos recreado también en presencia de los frutos de espiritualidad, que el magisterio de María iba produciendo en sus corazones infantiles.

Dos de ellos, cumplida fielmente su misión en la tierra, volaron al cielo a recibir de su celestial Madre y Maestra la corona de eterna dicha, que les tenía prometida. Aquí abajo queda sólo Lucía, como superviviente y feliz testigo del Mensaje recibido por los tres de la Reina del cielo. La fatal separación de los otros dos había de repercutir por fuerza en su corazón a impulsos de muy hondos y encontrados afectos y sentimientos de alegría y agradecimiento a la divina Madre, por haber sido Ella la causa principal de su santificación y de su suerte eterna, y de dolor por su actual separación y hasta por la perspectiva de que en adelante tendrá que cargar sobre sus infantiles hombros todo el peso de la nueva devoción, con todo su lastre de devotos curiosos y de curiosos sin devoción, que no saben visitar el lugar de las Apariciones, sin pasarse antes o después por la casa de los videntes, cargados casi siempre con múltiples, pesados e interminables interrogatorios.

Pero la celestial Señora, que en junio de 1917 le ofreció su Inmaculado Corazón por refugio, la irá conduciendo, como por la mano, por el camino del cielo, en el cumplimiento del especial cometido vocacional, que en sus maternales designios le tiene confiado. Después de haber hecho sus dos primeras cosechas espirituales con sus primitos y compañeros de pastoreo, tendrá que

hacer ahora la tercera sin ellos y lejos del inolvidable lugar de las Apariciones, aunque generalmente en compañía de otras almas, predilectas también del Señor.

Entre las diferentes contrariedades, que logró superar a solas y meritoriamente y hasta con feliz éxito en lo humano, destaca un breve e itinerante, aunque doblemente peligroso secuestro, pues pudieron dañarle gravemente tanto el hombre como las bestias.

A 13 de mayo, probablemente de 1920, pues ella confiesa recordar bien el día, aniversario de la primera Aparición, mas no el año, los alrededores de Fátima y de la vertiente de Iría estaban llenos de soldados de infantería y de caballería, para impedir el acceso del público al lugar de las Apariciones. Mientras a él se dirigía Lucía, con otras mujeres, que en el camino se le juntaron, vieron correr hacia ellas dos hombres a caballo, que al llegar a su encuentro, les preguntaron a dónde se dirigían.

Una se atrevió a contestarles: ¿qué os importa a vosotros?

La respuesta a esta pregunta consistió en hostigar a los caballos, simulando siquiera, sino intentando, un atropello.

Todas las compañeras de ruta, que a Lucía se habían juntado en el camino, se escabullieron como pudieron, dejando sola a Lucía ante los soldados.

Preguntada entonces si era ella la que decía haber recibido visitas del cielo, respondió que sí. Esta respuesta equivalía para ellos a confesarse delincuente, y como a delincuente la trataron, creyeran o no en tal delincuencia.

Le ordenaron desandar inmediatamente lo andado, volviéndose enseguida hacia su casa sin acabar de llegar al valle de Iría, poniéndose entre los dos caballos, como delincuente sorprendida por guardias a caballo. Ella se puso en el acto en donde le mandaron, entre dos hombres desconocidos y dos bravos caballos.

Al llegar a un plantío de árboles, donde se veían diferentes hoyos destinados a nuevas plantaciones de arbolado, le mandan pararse, y oye que uno de los jinetes dice a su compañero: Aquí la matamos con la espada y aquí mismo la enterramos, y se acabará todo esto. Callaron unos momentos, como para pensárselo definitivamente. ¿Sería en espera del posible intento de huída de la niña y del consiguiente atropello de los caballos, con visos de involuntariedad e irresponsabilidad en los caballeros? ¿O en simulación siquiera de cualquier negra intención, para espanto y corrección de tan jovencita delincuente?

Lo cierto es que la niña se quedó serena en donde estaba, en espera de nuevas órdenes, si es que deseaban dárselas.

Y la nueva orden consistió en seguir adelante entre los dos caballos y sus desconocidos ocupantes hasta que llegaron a casa de la infantil vidente.

Aquí uno de los jóvenes militares bajó del caballo para ver de hablar con los padres de la niña prisionera. No encontrándolos, entró en la casa y registró todas las habitaciones, por si en ellas se hubiesen ocultado. No pudo dar con ellos.

Mandaron entonces a la pequeña que no volviera más al valle de Iría, pues ya acababa de ver que si allí la volvían a encontrar, allí mismo acabarían con ella.

Obedeció ella breve rato tan seria orden. Pero poco después, libre ya de su andariega prisión, oyendo decir que el intento militar de impedir el acceso del público a la nava de Iría había fracasado, por no haberse podido imponer a la voluntad de un gran gentío, que allí había acudido aquel día, corrió también ella a tan delicioso lugar y aún consiguió poder rezar el Rosario ante centenares de peregrinos...

La celestial Madre había cumplido con su fiel vidente una vez más su promesa de ser su refugio y el camino que la iría conduciendo al cielo.

Un día su madre recibió una carta de la Curia Diocesana, en la que se le manifestaban los deseos del Sr. Obispo de Leiría, Diócesis a la que pertenece Fátima, de hablar con ella y con su hija menor, Lucía.

Pocos días después pudo satisfacerlos el Prelado en su Palacio episcopal, exponiendo a María Rosa que para poder comprobar si el movimiento popular que en torno a Fátima se iba formando era de verdad espiritual y devoto, o de mera curiosidad, convenía que su hija se alejara una temporada de su casa y se recogiera en cualquier lugar apartado, donde nada se supiera de su intervención en los sucesos de Fátima; Así el movimiento popular que en su Diócesis se iba formando en ambiente de devoción a María, pero también quizás a las veces con sus ribetes de mera curiosidad, si no era de Dios, se extinguiría rápidamente por sí mismo; y si de verdad lo era se iría desplegando también por sí mismo, pero en espontáneas y populares manifestaciones de toda mira terrena.

Tal era la intención del Prelado al dar a la madre y a la hija un consejo doloroso para entrambas, por estribar en la mutua separa-

ción. Pero una y otra se hicieron cargo de su razonabilidad y lo aceptaron resignadas con deseos de dar pronto los pasos necesarios para ver de ponerlo en marcha.

Salió Lucía del Palacio episcopal con el propósito de visitar cuanto antes la nava de Iría, al recuerdo de los favores allí recibidos de la Reina del cielo y en esperanza de otros muchos, ya que allí le había prometido también ser su refugio y el camino de su eterna dicha, como así acontece a lo largo de su vida, hoy de setenta años.

Poco después salía definitivamente la niña de su aldea en dirección a un Colegio, dirigido por las Religiosas Doroteas en Vilar, población del Norte de Portugal, lejos de su tierra, con propósito, que realmente cumplió, de permanecer voluntariamente en aquel lugar en calidad de alumna interna y de no manifestar allí los favores extraordinarios que del cielo había recibido.

Después de cuatro años de estancia en aquel centro docente, manifestó a su Superiora y a la Directora del Colegio deseos de ser Religiosa Carmelita. Pero las buenas Religiosas, ignorando la heroica vida de oración y sacrificio, que había compartido con sus compañeros de pastoreo, le aconsejaron pensárselo bien antes de tomar tal resolución, pues la regla carmelitana parecía ser demasiado rígida para ella y superior a sus fuerzas.

Por este motivo, pocos días después, pidió ser admitida en el Postulantado de las mismas Religiosas Doroteas, sus maestras.

Mas, como las leyes del Estado, entonces vigentes en Portugal, prohibían la admisión de nuevos miembros en los Institutos Religiosos, se trasladó a la ciudad española de Tuy, donde pudo satisfacer sus deseos sin ninguna dificultad.

Admirable es Dios en las inescrutables trazas de su Providencia en orden a la salvación y santificación de sus escogidos.

¡Cuánto lo es igualmente la siempre maternal intervención de su Madre!

En el capítulo doce vimos, con la historia contemporánea en la mano, que parece haberse dignado elegir la península ibérica por instrumento de su amor para la mejor difusión de sus bondades por el mundo desde tan estratégico lugar.

Ahora nos encontramos con que quiere también que su principal confidente en orden a la realización de tan digno Apostolado more ya en una, ya en otra, de las dos naciones que pueblan la península, y con que Ella misma le ha ido revelando, ya en Portu-

gal, ya en España, sus más destacadas consignas a este respecto.

De entre las recibidas en la última, las más notables son indudablemente la maternal advertencia que da a los españoles de que Rusia puede ser por segunda vez nuestro azote, si olvidamos la grave responsabilidad que España tiene en la victoria moral sobre aquella nación o en su conversión a Dios, de que hablamos en el mismo capítulo, titulado “El Gibraltar de la Virgen”; la de la gran promesa de eterna salvación hecha a favor de los que practiquen debidamente la Comunión reparadora de los primeros sábados, que por su variado contenido y capital importancia exige capítulo aparte (capítulo 45), y la relativa a la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón, hecha por el Papa juntamente con todos los Obispos del mundo, de que nos ocupamos en los capítulos XX; XXXII y XXXIX, y la revelación de Tuy, síntesis y corona del misterio de Fátima, cap. 45.

En 1948, después de haber consagrado largos años al ejercicio de la obediencia y demás virtudes entre las Religiosas Doroteas, de vida activa, primero en la ciudad de Tuy y luego en la de Pontevedra, obtuvo de la Santa Sede permiso para satisfacer sus primeros deseos vocacionales en un Monasterio Carmelita de vida contemplativa. Al año siguiente, terminado felizmente su Noviciado, hizo la profesión religiosa en el Carmelo de Coimbra, donde sigue viviendo. Dios y su celestial Madre la han ido conduciendo por los diferentes tramos de la vida religiosa, ya activa, ya contemplativa, ya de Marta, ya de María, porque una y otra se prestan mejor que la vida seglar a la obra de Apostolado cordimariano, que le tienen confiado, y a la santificación personal y consiguiente consecución del cielo, que le han prometido.

Gran sacrificio tuvo que ser indudablemente para ella el verse forzada, un día, a impulsos de la vocación divina, a alejarse definitivamente de los suyos y del lugar de sus dulces recuerdos, donde había tenido la suerte de hablar repetidas veces con la Reina del cielo y con su ángel precursor. Pero Dios le premió más tarde esta oblación con el desarrollo y la extensión mundiales, espontáneamente populares, del salvador movimiento fatimista, por ella y sus primitos felizmente iniciado, y por ella proseguido a tenor de como las circunstancias y nuevas Revelaciones de Pontevedra y Tuy, etc., le fueron abriendo el camino. (Cap. 45).

